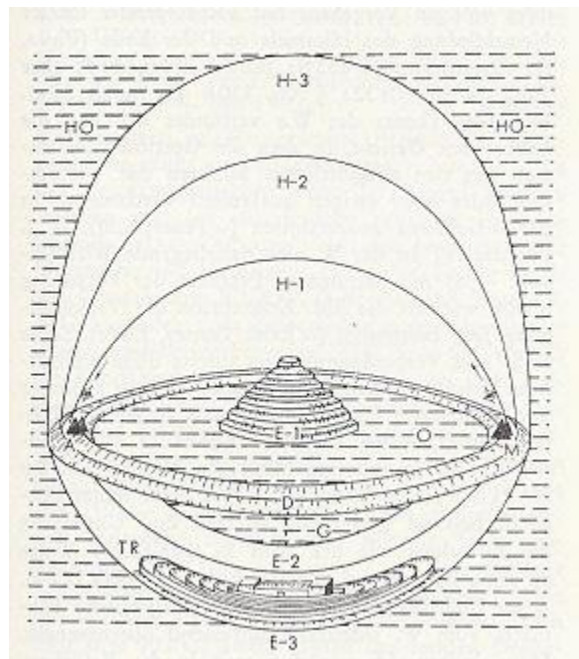

LIBROS DEL ANTIGUO TESTAMENTO COMENTADOS

LA COSMOVISIÓN SUMERIO-ACÁDICO-BABILÓNICA Y LA BÍBLICA

«La antigua concepción hebrea del mundo se basa fundamentalmente en la imagen del mundo que presentamos en el siguiente gráfico:



Los hebreos añadieron algunas precisiones, que intentaban formar un sistema más concorde con sus ideas de un Dios único.

A partir de un caos originario e informe, que se corresponde con las aguas subterráneas de la imagen (G: base del océano terrestre), Dios era quien había creado, u ordenado, el cielo, la tierra y los abismos: las tres entidades formaban el "todo", el universo, concebido generalmente con las mismas tres partes: el cielo arriba; la tierra abajo, y por debajo de ella el mundo subterráneo, constituido en parte por esas aguas caóticas primordiales y por el reino de los muertos.

Obsérvese de nuevo que, según Gn 1,1-2, no queda claro del todo si la creación de cielos y tierra es a partir de la nada (no lo dice el texto estrictamente), o bien a partir de un caos originario e informe, sobre el que aleteaba el espíritu divino. Este Dios es considerado a la postre como único absoluto, porque el texto final del Génesis está redactado en torno al siglo V a. C. Anteriormente al exilio de Babilonia es muy posible que el monoteísmo absoluto no fuera la fe del pueblo hebreo en general, sino el

henoteísmo. Yahvé no era un dios único (había otros), pero sí el más fuerte y poderoso. A él solo debía adorarse. Y los hebreos tenían la suerte que ese Dios poderoso era el suyo.

Los israelitas modificaron el número de esferas celestes hasta siete, número que indica la perfección. El cielo, en su esfera superior, la séptima, es la morada del Dios único y de su corte celestial, ángeles superiores, arcángeles o "ángeles de la faz", es decir, que ven directamente el rostro de Dios. Los espíritus angélicos en general sustituyen a los dioses secundarios de los acadios y babilonios de su panteón politeísta.

Los astros entre el cielo y la tierra estaban gobernados por delegados de Dios, ángeles también o arcontes celestes. Unos astros eran buenos y otros perversos, según el gobierno de sus ángeles, que hacían variar sus órbitas en el caso de los malvados porque no quieren obedecer a Dios. Los que rigen las estrellas fijas, de órbitas inmutables, son buenos. Los que gobiernan los planetas son ángeles rebeldes, por lo que los planetas no tienen una órbita perfecta, circular.

La tierra se concebía unas veces como un cuadrado, y otras como una especie de rodaja redonda cuyos límites coincidían con el fin de los cielos en su parte inferior. Los hebreos seguían manteniendo que las esferas celestes estaban sustentadas por unas enormes columnas, alejadas entre sí, pensadas como montañas grandes y estilizadas; el mundo subterráneo tenía también sus columnas sustentantes proyectadas hacia abajo.

Pero con el paso del tiempo, el judaísmo helenizado, a partir sobre todo del siglo III a. C. subordinó esta cosmovisión:

A) A una fe monoteísta en un Dios único. Los dioses secundarios se transforman en ángeles y demonios, siendo los primeros los cortesanos del Rey único. Como gema preciosa de la creación este Dios único había plasmado el ser humano;

B) A una concepción apocalíptica muy extendida en círculos de piadosos: fuera de Dios todo está sujeto a una ley divina: el tiempo inexorable es el que conforma una historia del universo y del ser humano diseñada desde siempre por la divinidad. La historia avanza en línea recta desde los orígenes (creación y el paraíso para el ser humano) hasta la consumación final con peripecias diversas. El universo era al principio bueno y perfecto, pero luego resultó tremendamente desordenado por los pecados y la mala inclinación del hombre. Finalmente Dios volverá a poner orden en su creación, y volverá a generarse un nuevo todo, un mundo futuro, similar al del principio, probablemente unos cielos nuevos, o renovados, y una tierra nueva, o renovada, en donde los seres humanos justos (israelitas o convertidos) vivirán felices por siempre jamás.

Este es el mundo en el que vivía y pensaba, sin duda, Jesús de Nazaret. Y este universo semita coincide en parte con la del otro mundo al que pertenece Pablo, nacido en Tarso en Asia Menor, el helenismo, de lengua griega.»

[Antonio Piñero: "La cosmovisión sumeria-acádica-babilónica es la misma que la de Jesús de Nazaret y de Pablo" (28-07-2019.1081)]

LA BIBLIA HEBREA Y SU CONCEPCIÓN DEL MUNDO

«La historia bíblica se desarrolla dentro de un trasfondo histórico-geográfico bien determinado en el área del Próximo Oriente, justamente en una encrucijada geográfica en la que se dan cita los dos imperios y focos culturales de la antigüedad: el mesopotámico y el egipcio. Porque Canaán, escenario de la trama bíblica, es el punto de unión y el lugar obligado de paso entre Asia y África, y por ello esa franja geográfica en el Mediterráneo oriental es de una importancia capital en el trasiego de inquietudes políticas y culturales que surgen a orillas del Nilo y de la llanura mesopotámica.» [García Cordero, Maximiliano: *Biblia y legado del antiguo Oriente*. Madrid: B.A.C., 1977, prólogo]

«El primer ámbito de contenido doctrinal, y de muy profundo influjo en Pablo, es: las enseñanzas de la Biblia hebrea, pues con ella iba una cosmovisión que se retrotrae con facilidad a una concepción del mundo semita existente dos mil años antes de Pablo —en los imperios acadio, asirio y babilonio, todos semitas—, modificada por la mentalidad propiamente hebrea, aproximadamente en la época del exilio en Babilonia (siglos vi-v a.e.c.), y que ayuda a comprender algunos rasgos de la mentalidad paulina.

Esta cosmovisión, a grandes rasgos, mantenía que a partir de un caos originario, la divinidad (indiscutiblemente única según los hebreos desde el exilio babilónico) fue la creadora del cielo, la tierra y los abismos. Las tres entidades formaban el «todo», el universo, concebido como el cielo arriba; la tierra abajo; y debajo de ella el mundo subterráneo, constituido en parte por las mismas aguas caóticas primordiales y por el reino de los muertos. Los israelitas creían que las esferas celestes del ámbito de «arriba» eran siete, número que indica la perfección.

El cielo, en su esfera superior, la séptima, es la morada del Dios único y de su corte celestial, los ángeles. Los astros entre el cielo y la tierra misma estaban gobernados por delegados de Dios, ángeles también o arcontes celestes. Unos astros eran buenos y otros perversos, según el gobierno de sus ángeles, lo que se mostraba por ciertas variaciones de sus órbitas. Según los hebreos, las esferas celestes estaban sustentadas por enormes columnas, alejadas entre sí, pensadas como montañas grandes y estilizadas.

El mundo subterráneo tenía también sus columnas sustentantes proyectadas hacia abajo. La tierra se concebía unas veces como un cuadrado, y otras como una especie de rodaja redonda cuyos límites coincidían con el fin de los cielos en su parte inferior.

Con el paso del tiempo, el judaísmo helenizado subordinó esta cosmovisión genérica semita a una fe monoteísta en un Dios único y a una concepción apocalíptica muy extendida en círculos de piadosos. El monoteísmo transformó los dioses secundarios de otros pueblos semitas en ángeles y

demonios, siendo los primeros los cortesanos del Rey único. Como gema preciosa de su creación, este Dios único había plasmado el ser humano.

En este universo, fácilmente comprensible y no excesivamente grande, la divinidad —aunque habite en el séptimo cielo— está en realidad cercana a la tierra, e interviene activamente en los asuntos de los hombres. Son estos en especial los que le interesan, pues son la joya de su universo. Este Dios comunicable y relativamente cercano y accesible permite concebir con facilidad que exista una revelación divina a los humanos y que —una vez estropeada su creación por el pecado del primer hombre— la divinidad intente —por ejemplo, con el envío de su Hijo— arreglar al precio que sea lo que la maldad del Diablo y los seres humanos había estropeado dentro de su creación.

La concepción apocalíptica defendía que todo el universo está sujeto a una ley divina: el tiempo inexorable es el que conforma una historia diseñada desde siempre por la divinidad. La historia avanza en línea recta desde los orígenes (creación y el paraíso para el ser humano) hasta la consumación final, con peripecias diversas.

El universo era al principio bueno y perfecto, pero luego resultó desordenado sobre todo por la mala inclinación del hombre. Finalmente, Dios volverá a poner orden en su creación, y generará un nuevo todo, un mundo futuro similar al del principio, unos cielos nuevos, una tierra nueva y un ser humano renovado.

El conjunto será tan excelente como en sus orígenes, y en él Israel, el pueblo predilecto de la divinidad, junto con otros justos entre los humanos, vivirán felices por siempre jamás.» [Piñero, Antonio (ed.): *Los libros del Nuevo Testamento. Traducción y comentario*. Colaboradores: José Montserrat Torrents, Gonzalo del Cerro, Gonzalo Fontana y Carmen Padilla. Madrid: Editorial Trotta, 2022, p. 93 ss]

LIBROS CANÓNICOS DE LA BIBLIA

Canon (del griego κανών kanón, 'regla', 'vara para medir') es un concepto que institucionaliza, que fija normas en un contexto cultural que se extienden a las conductas y acciones; además, se refiere a las proporciones perfectas o ideales del cuerpo humano y alude a las relaciones armónicas entre las distintas partes de una figura.

El canon bíblico es el catálogo de los libros tenidos por la Iglesia católica u otra confesión religiosa como auténticamente sagrados. Comprende la lista de libros que son aceptados por la Iglesia como texto sagrado de inspiración divina. Actualmente la Iglesia católica reconoce 73 libros como parte de la Sagrada Escritura: comprende 46 escritos para el Antiguo Testamento, y 27 para el Nuevo Testamento.

Fue en el Concilio de Roma del año 382, cuando la Iglesia católica junto al papa san Dámaso I instituyeron el Canon Bíblico con la lista del Nuevo

Testamento similar al de san Atanasio y los libros del Antiguo Testamento de la Versión de los LXX.

Esta versión fue traducida del griego al latín por san Jerónimo (la Vulgata) por encargo de la Iglesia. Posteriormente los Concilios regionales III de Hipona del 393, III de Cartago del 397 y IV de Cartago del 419, en los cuales participó san Agustín, aprobaron definitivamente dicho canon.

En el año 405 esta lista fue enviada por Inocencio al obispo Exuperio de Tolosa (en la Galia, hoy Francia), donde aparece el canon bíblico con los 73 libros ya existentes.

El concilio de Trento fijó el canon de la Iglesia católica declarándolo dogma.

TEXTOS DEUTEROCANÓNICOS DE LA BIBLIA

Los deuterocanónicos son textos y pasajes del Antiguo Testamento considerados por la Iglesia católica y la Iglesia ortodoxa como canónicos, que no están incluidos en la Biblia hebrea.

Estos textos y pasajes aparecen en la Septuaginta (una Biblia griega datada entre los años 280 y 30 a.C.), el texto utilizado por las comunidades judías e israelitas de todo el mundo antiguo más allá de Judea, y luego por la iglesia cristiana primitiva, de habla y cultura griegas.

La palabra deuterocanónico viene del griego δευτεροκανονικός (déuteros: 'segundo', 'posterior'; y kanonikós: 'perteneciente a una regla o canon', 'canónico'). Se da este nombre a ciertos libros, o adiciones de libros que, a lo largo de la historia, no han sido considerados por todos como inspirados. Actualmente son rechazados por judíos y por la mayoría de los protestantes, pero incluidos y aceptados por la Iglesia Católica y por la Iglesia Ortodoxa.

Los términos protocanónicos y deuterocanónicos no aparecieron nunca antes de mediados del siglo XVI. Fueron acuñados en el año de 1556 por Sixto de Siena (1520–1569), teólogo católico de origen judío, para referirse, respectivamente, a los textos propios del llamado Canon Palestinese del Tanaj judío (por considerarlo una "primera norma" o prescripción de textos del Antiguo Testamento), y a los textos propios del llamado Canon Alejandrino de la Biblia Griega (por considerarlo una "segunda norma" o prescripción de textos del Antiguo Testamento).

Desde una perspectiva estrictamente histórica, a través de la historia, los deuterocanónicos han estado presentes en las Biblias de todas las facciones cristianas anteriores a la reforma protestante del Siglo XVI.

También están presentes en todas las versiones bíblicas protestantes anteriores al año de 1826, y también en al menos algunas ediciones posteriores de esas mismas Biblias.

Además de las Biblias cristianas ortodoxas y católicas, actualmente se siguen incluyendo en las Biblias luteranas, anabaptistas, anglicanas y episcopalianas.

Los deuterocanónicos del Antiguo Testamento son:

Deuterocanónicos en la Iglesia Católica y la Iglesia Ortodoxa

El Libro de Tobías o Tobit.

El Libro de Judit.

El Libro de la Sabiduría.

El Libro del Eclesiástico, Sirácida o Sirácides.

El Libro de Baruc incluida la Carta de Jeremías (Baruc 6).

El Libro I de los Macabeos.

El Libro II de los Macabeos.

Las «adiciones griegas» al Libro de Ester (Ester 10:4 al 16:24).

Las «adiciones griegas» al Libro de Daniel

La Oración de Azarías (Daniel 3:24-50)

El Himno de los tres jóvenes (Daniel 3:51-90)

La Historia de Susana (Daniel 13)

La Historia de Bel y el Dragón (Daniel 14)

Deuterocanónicos solo en la Iglesia Ortodoxa

La oración de Manasés.

3 Esdras.

3 Macabeos.

Salmo 151.

Salmos de Salomón.

LOS LIBROS DE LA BIBLIA SE PUEDEN AGRUPAR POR TEMAS

Libros de la Ley – El pentateuco

Génesis: libro de los orígenes.

Éxodo: libro de la salida de Egipto.

Levítico: libro de los levitas, sacerdotes de la tribu de Leví

Números: libro de los censos del pueblo de Israel.

Deuteronomio: libro de la segunda ley.

Libros históricos

Son una amplia colección de textos ubicada a continuación del Pentateuco y seguida por los Libros Sapienciales. Aunque los cinco primeros libros del Antiguo Testamento (*Génesis*, *Éxodo*, *Levítico*, *Números* y *Deuteronomio*) son, técnicamente, también libros históricos, por su importancia histórica, legal y religiosa se les ha otorgado una categoría especial: Pentateuco para los cristianos (Torá, "la Ley" del Tanaj hebreo).

Los Libros Históricos de la Biblia son dieciséis: Josué, Jueces, Rut, I y II Samuel, I y II Reyes, I y II Crónicas, Esdras, Nehemías, Tobías, Judit, Libro de Ester, Macabeos 1 y Macabeos 2.

Libros proféticos

Los libros proféticos son 17 en total. Además de ello estos se dividen en profetas mayores y profetas menores. La división no se debe por importancia, sino más bien por cantidad de texto que posee el contenido efectuado por el profeta.

Los profetas mayores: Isaías, Jeremías, Las lamentaciones, que se cree que fueron escritas por Jeremías, Ezequiel y Daniel.

Los profetas menores: Oseas, Joel, Amos, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahúm, Habacub, Sofonías, Hageo, Zacarías, Malaquías.

Los libros proféticos fueron escritos en el tiempo de Elías (874-853 a. C.) hasta el de Malaquías (400 a. C.).

Libros sapienciales

Se denominan libros sapienciales, libros poéticos o libros de la sabiduría a un subconjunto de libros del Tanaj judío (Biblia Hebrea) y del Antiguo Testamento cristiano. En la versión Septuaginta estos libros son siete, mientras que en el Canon Hebreo usado por el Judaísmo rabínico, caraíta y mesiánico, y por el Cristianismo protestante, anglicano y restauracionista, son cinco.

En los cánones hebreo y alejandrino, los libros sapienciales son: Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares (también conocido como Cantares o Cantares de Salomón).

Exclusivos del canon alejandrino: Libro de la Sabiduría de Salomón (también conocido como Sabiduría de Salomón), Libro de la Sabiduría de Jesús ben Sirá (también conocido como Eclesiástico y como Sirácida).

EL PENTATEUCO

El Pentateuco (del griego πέντε pénte, 'cinco', y τεύχος téukhos, 'rollo', 'estuche'; es decir, 'cinco rollos', por los estuches cilíndricos donde se guardaban enrollados los textos hebreos) es el conjunto formado por los cinco primeros libros de la Biblia, que la tradición judeocristiana atribuye al patriarca hebreo Moisés.

La autoría de Moisés fue creída durante siglos, tanto por judíos como por cristianos. La iglesia católica aceptó hace tiempo las aportaciones científicas de la crítica literaria, y las investigaciones hermenéuticas, tanto aplicadas a este texto como a toda la Biblia, aunque sectores más tradicionales insisten en una interpretación literal del texto.

A principios del siglo XX, la Iglesia católica quiso zanjar la discusión encomendando a sus exégetas y teólogos el análisis y evaluación de los argumentos en pro y en contra de la autoría mosaica del Pentateuco.

La Comisión Bíblica así formada publicó sus conclusiones en 1906, las cuales dicen que, si bien queda margen para la duda, los argumentos contra Moisés no son convincentes. Por lo tanto, la postura oficial del catolicismo es que el Pentateuco es sustancialmente obra de Moisés, si bien la autenticidad mosaica del mismo no demanda necesariamente que la totalidad del texto haya sido redactada enteramente por él solo.

Esa posición fue posteriormente desarrollada en una carta de dicha Comisión en 1948, en la cual se aclaró que si bien Moisés está en la cabeza y base del Pentateuco, proporcionando el espíritu inicial y persistente en la redacción de la obra en calidad de autor y legislador, ya nadie ponía en duda el desarrollo progresivo de las fuentes de dicha obra durante tiempos posteriores al mismo; así que se permitía a los eruditos católicos estudiar la cuestión de forma imparcial a la luz de la sana crítica bíblica y los aportes de otras ciencias.

El Pentateuco es considerado canónico por todas las confesiones cristianas y forma parte de todas las Biblias. Se corresponde con los que en la tradición hebrea forman la Torá (La Ley), núcleo de la religión judía.

Está contenido a su vez en el Tanaj, el cual es considerado sagrado por todas las religiones abrahámicas (judaísmo, cristianismo e islam). No obstante lo anterior y que es uno de sus tres textos sagrados, los musulmanes creen que el texto sufrió corrupción (tahrif) por los escribas judíos y cristianos por lo que no confían del todo en él. Mientras que los hebreos los nombran por la primera palabra significativa de cada uno, los cristianos han seguido tradicionalmente la nomenclatura de la versión griega de los LXX.

El Pentateuco versa sobre la providencial elección del pueblo israelita por Dios como su pueblo escogido. Paradójicamente, esta elección divina significaría para los israelitas una amarga serie de desgracias por su desobediencia a Dios. De esta forma, cuenta el establecimiento de una teocracia, el otorgamiento de la tierra prometida a sus seguidores, la asunción de la ley ética, civil y religiosa, y el largo periplo de los hebreos para salir de su esclavitud en Egipto y llegar a la tierra de Canaán.

Los cinco libros que componen el Pentateuco son:

1. Génesis (Bereshit [בְּרֵאשִׁית])
2. Éxodo (Shemot [שְׁמוֹת])
3. Levítico (Vayikrá [וַיִּקְרָא])
4. Números (Bemidbar [בְּמִדְבָּר])
5. Deuteronomio (Devarim [דְּבָרִים])

GÉNESIS

Génesis es el primer libro de la Torá o Pentateuco y, por tanto, también es el primer libro del Tanaj judío y del Antiguo Testamento de la Biblia cristiana. En hebreo los libros del Pentateuco se conocen por su primera palabra, así que para los hebreos este libro es Bereshit ('En el principio').

El redactor o los redactores del Génesis siguen un proceso de eliminación: dejando de lado todo lo que puede distraer de la historia ascendente hasta llegar a los patriarcas. Dejando de lado a los cainitas, narra la historia de los setitas; tras el diluvio, sigue solo la historia de Sem, sobre quien recae la bendición y las promesas, dando de lado a la descendencia de Jafet y de Cam. Dentro de la línea semita, la atención se centra en torno a la familia de Abraham, padre del pueblo elegido. Luego sigue la línea de Isaac y Jacob. La narración se va concretando así gradualmente en la porción selecta que va a heredar las promesas divinas. Es un esquema conforme a las ideas teológicas de los redactores, sobre todo de la fuente sacerdotal (*P*), cuyo objetivo es destacar los designios divinos sobre Israel como pueblo elegido, preparando la alianza del Sinaí.

La historia de la creación del mundo comienza con una contradicción sustancial entre el primer capítulo y el segundo capítulo del Génesis. En el primer capítulo Dios crea primero a los animales, y luego crea al hombre y a la mujer a su imagen, sin establecer ninguna prioridad entre ellos; pero en el segundo capítulo aparece una nueva introducción a un relato distinto: Dios, esta vez llamado Yahweh crea primero al primer hombre, Adán y lo ubica en el huerto del Edén; más adelante crea a los animales y por último crea a la primera mujer, Eva, de una costilla de Adán.

La contradicción entre los capítulos uno y dos del Génesis es explicada mediante la hipótesis documentaria. Según esta interpretación el libro del Génesis no fue escrito por Moisés y en realidad se trata de una fusión de cuatro fuentes distintas, escritas por distintas personas en diferentes momentos y lugares. El capítulo 1 es identificado con la tradición sacerdotal, mientras que el capítulo 2 pertenece a la escuela yavista.

La tradición sacerdotal, que compone el primer capítulo del Génesis, es la fuente más tardía, posterior al exilio en Babilonia, cuando el judaísmo se cimentaba más como una religión que como una nación en particular, y cuyo propósito sería también reforzar la idea del sábado como día sagrado de descanso, además por supuesto de dejar claro que toda la creación, incluido el hombre, son obra de Elohim.

Por otra parte, el segundo capítulo del Génesis se trataría de un escrito mucho más antiguo, de la época de los reyes en Israel, el cual vendría a ser un lamento en el que la situación sedentaria y civilizada centrada en ciudades del reino conllevaba también injusticias, pobreza y marginación, pues para ellos el relato del segundo capítulo del Génesis parecería ensalzar los valores del nomadismo y de la cercanía con Yahweh provenientes de la vida en el desierto.

EL LIBRO DEL GÉNESIS (LIBERADO)

El sello *Blackie Books*, Barcelona, 2021, publicó por primera vez en España una edición del Génesis, mito fundacional, con nueva traducción, en la que se le trata como obra literaria y no como libro sagrado: *El libro del Génesis (liberado)*, liberado del peso de la Iglesia, que ha impedido que estos textos, escritos en torno al siglo X a.C., se lean y se perciban no ya como parte de la

cultura religiosa, sino como parte de la cultura en general. La intención de esta editorial es publicar por primera vez en España una edición del Génesis fuera del control eclesiástico. Y fuera de los propósitos religiosos.

«Hasta ahora, las traducciones estaban poseídas por un espíritu religioso, porque todas habían estado patrocinadas por editoriales de carácter religioso», asegura Javier Alonso, el traductor. El hecho, insiste, no es anecdótico, pues condiciona por completo el trabajo de interpretación.

El libro del *Génesis* es la gran novela sepultada en la Biblia. Con una nueva traducción laica y directa del hebreo de Javier Alonso, narra una historia inquietante y contundente: el Big Bang de la humanidad. Una saga desmesurada y psicodélica, saturada de crímenes y virtudes, por fin liberada de prejuicios de género y de raza.

«El hombre y la mujer conocen la vergüenza de los cuerpos desnudos cuando comen un extraño fruto prohibido. Un hermano mata a otro, envidioso de su relación con dios, y uno distinto engaña al suyo para cambiarle la herencia por un guiso. Un respetable patriarca finge que su mujer es su hermana, un hombre bueno trata de evitar que sus vecinos violen a sus invitadas ofreciéndoles a sus propias hijas, y esas mismas hijas violan a su padre algo más tarde. Hombres y mujeres viven cientos de años, conciben tras décadas de esterilidad, tienen decenas de hijos, las esposas de sus maridos, los maridos de sus esclavas, los hermanos de sus cuñadas. Y sobre todos estos escándalos y prodigios se alza la voz de un dios misterioso, un dios protector y violento, etéreo y corpóreo, un dios que desprecia a los humanos y que al mismo tiempo los distingue sobre los demás seres de la creación. Este cuento perverso se llama Génesis. Es parte de los libros sagrados de las grandes religiones monoteístas, pero también es una de las obras clave de la literatura universal.

El relato ni siquiera se utiliza el mismo nombre para referirse al dios creador: Yahweh, Elohim o Yahweh Elohim. Este dios aparece como un antagonista que pone continuamente obstáculos en el camino de los protagonistas, que les hace ir contra sus propios principios, les desvía del camino, provoca muertes y enfrentamientos, les pone la vida más difícil y, ocasionalmente, les premia por ello. Aparece como un dios caprichoso, que no parece tener planes predefinidos para su creación y que actúa movido por el enfado y por la decepción. Un dios al que le gusta hablar como los humanos, al que le gusta que sus súbditos viajen de acá para allá y que acumulen riquezas, rebaños, mujeres e hijos. Un dios que castiga de manera masiva –aniquila la tierra, destruye ciudades– pero que está más interesado en la reverencia y la obediencia que en la expresión íntima de la moralidad.

Los autores del *Génesis* están obsesionados con la fertilidad y con la herencia. Dios bendice siempre a los humanos con mucha descendencia, desafiando los límites naturales de la vejez y de la vida: las ancianas paren, los humanos alcanzan los seiscientos años, sus hijos se esparcen por la tierra en un número inmenso. Los autores de este libro no temen hablar de sexo ni cuando este es tabú –homosexualidad, incesto, violación–, y hasta hacen que sus personajes

pronuncien chascarrillos al respecto delante del mismísimo Yahweh. Los autores de este libro creen en el poder de la palabra: dios encarga al ser humano que nombre todos los animales y las plantas de la tierra; se pone nombre a todos los hijos y nietos de los héroes, aunque jamás vuelvan a aparecer en el relato; dios se presenta por su nombre y da órdenes verbales precisas, anuncios que se cumplen. Los autores de este libro creen que hay una diferencia entre los pueblos, entre el pueblo de Yahweh, al que este dios protege, y los demás, pero también creen que ese pueblo se construye mediante pactos y desplazamientos, mediante alianzas y desencuentros: aquí hay un concepto cambiante del extranjero.

Los autores del Génesis creen que hay un dios, sí, pero además creen que ese dios se comunica con el ser humano de igual a igual, le habla en su propia lengua, con sus propios códigos. Creen que el ser humano se comunica directamente con la divinidad, sin intermediarios, sin sacerdotes ni estatuillas ni conjuros. Dios les habla y ellos escuchan. Ellos hablan y dios los escucha. Dios les dice que vayan y ellos van, dios les promete y cumple su palabra. Qué gran retrato de la humanidad, ese conjunto de seres que se consideran a sí mismos último paso de la creación divina, guardianes de todo lo vivo y de todo lo muerto, cuerpos tocados por la mano de dios, interlocutores del creador. Qué ególatras, qué mentirosillos, qué fabuladores. Qué buenos escritores.» [infolibre.es – 01/10/2021]

La calificación de “realismo mágico”, de la que tanto se abusó en los años sesenta del siglo XX, referida a la literatura hispanoamericana del “boom”, es aplicable con más razón a los relatos de la Biblia (sobre todo a los del *Pentateuco*).

En el *Génesis* hay reiteraciones extrañas, episodios que se repiten e incluso se contradicen entre sí, dando la impresión de formar una suerte de collage. Para Javier Alonso, el traductor, estos “errores narrativos” tienen que ver con la propia naturaleza de la obra. «Todo el Pentateuco [los cinco primeros libros de la Biblia] es un documento de mínimos para aglutinar a dos pueblos que en origen no eran una sola nación. La historia sagrada cuenta que Israel era un solo pueblo, y que se separó con la muerte de Salomón. Lo que dice la arqueología es lo contrario: que eran dos pueblos vecinos, con lenguas y costumbres similares, pero con creencias diversas, cada uno con sus libros sagrados. El *Génesis* sería la fusión de esos textos. Y cada pueblo tiene sus patriarcas: Abraham de Judá, Isaac y Jacob de Israel, etcétera».

En el plano más literario, lo que sorprende del texto es la ausencia de adjetivos: lo que prima es la acción, no la descripción. Los hechos se suceden a toda velocidad, como en un tráiler, el tráiler de la historia de la humanidad: Elohim crea el mundo en seis días y tres páginas, y a la serpiente le basta una frase para engatusar a Eva. A Abel lo conocemos y lo despedimos en solo veinte líneas: lo que tarda Caín en celarse y matarlo. «Esta forma de contar es un prodigio. El *Génesis* se escribe en una época similar a la de la *Ilíada* y la *Odisea*, que están llenas de adjetivos. Aquí mandan los verbos y los sustantivos, porque el *Génesis* está pensado para que su mensaje lo entienda

todo el mundo. En Grecia eran poetas profesionales, pero la literatura hebrea estaba en manos de sacerdotes», asevera Alonso.

En el *Génesis* se crea la primera frontera (el paraíso y lo otro), y asistimos al primer crimen de nuestra especie. También entendemos que la finitud del corazón tiene un sentido, igual que vamos descubriendo de qué madera (o barro, o polvo) estamos hechos los seres humanos.

«El capítulo primero del libro de Francesc Ramis Darder, *Mesopotamia y el Antiguo Testamento*, se ocupa de la descripción del paraíso terrenal en el libro del Génesis. El texto es Gn 2,7-15, cuya redacción definitiva se presume que es bastante tardía, del siglo V a. C., aunque las leyendas forman su base procedan como mínimo del siglo XVIII a. C., época del rey babilonio Hammurabi.

Según nuestro autor, la descripción del Edén bíblico evoca el resultado completo de la historia mesopotámica, y de los inmensos esfuerzos por hacer que la riqueza natural de aquella zona, tan irrigada por el Tigris y Éufrates y multitud de afluentes, se convirtiera desde un territorio inhóspito, salvaje y más bien, tal como estaba en los inicios, en una suerte de jardín/huerto feraz. Al parecer desde tiempos muy antiguos una intensa labor de desbroce y limpieza, y una tenaz política hidráulica muy precisa (presas, acueductos, embalses y canales) hizo de la zona algo inusitadamente feraz. Considérese también que allí abundaban en estado salvaje ovejas, cabras, vacas, cerdos y camellos y que crecían espontáneamente los cereales básicos como el trigo y la cebada.

La Biblia con su relato hace que ese lugar inhóspito, pero potencialmente feraz de los inicios de la civilización, se convierta por obra divina en un jardín. Fue Dios “el que plantó un jardín del Edén” (Gn 2,8); no fue obra humana. En esa frase, el vocablo “edén” significa lo “excelente” y “delicioso” (2 Samuel 1,24; Jeremías 51,34; Salmo 36,9). Y según nuestro autor este hecho no es más que el trasunto de la idea, histórica, de que la región “era una suerte de jardín protegido por los reyes, lugartenientes de los dioses, para propiciar la felicidad del hombre. Así lo certificó Hammurabi en el prólogo del código que lleva su nombre: «Los dioses Anum y Enlil me eligieron... para proclamar el derecho en este país y para que pudiera iluminar el país para asegurar el bienestar de la gente»” (p. 25).

Ramis Darder anota que el término “jardín”, plantado por mano de Dios, evoca el ámbito divino en el que la divinidad protege y defiende especialmente al ser humano, citando a Is 58,11: “Te guiará Yahveh de continuo, hartará en los sequeales tu alma, dará vigor a tus huesos, y serás como huerto regado, o como manantial cuyas aguas nunca faltan”, y a Jeremías 31,12: el pueblo judío, liberado de sus enemigos, “acudirá al regalo de Yahvé: al grano, al mosto, y al aceite virgen, a las crías de ovejas y de vacas, y será su alma como huerto empapado, no volverán a estar ya macilentos”.

Así puede entenderse bien, a la luz de la feracidad del territorio, ayudada por mano humana, el relato que el Génesis atribuye solo a Dios, tras formar al hombre (solo varón al principio) del polvo.

Resulta que el motivo del "árbol del bien y del mal" procede también de la teología mesopotámica, que hace de la presencia de los árboles uno de los ejes que sustentan la existencia del mundo. Escribe nuestro autor: "Así lo señala a modo de ejemplo, la epopeya de Gilgamesh, obra señera de la literatura mesopotámica, que muestra cómo en la ciudad de Eridu, el centro del mundo, se yergue un árbol negro, el kinsanu, alegoría de la presencia de la diosa Ea, consejera del ser humano, que se paseaba en torno al árbol" (p. 27).» [El Bloq de Antonio Piñero: "El jardín del Edén. Mesopotamia, eco bíblico del paraíso terrenal" (21-07-2019. 1079)]

ÉXODO

Éxodo proviene del latín *exōdus*, y este del griego *ἔξοδος*, *éxodos*, que significa 'salida'. En el judaísmo, el texto tradicional es conocido en hebreo como *Shemot* (שמות), término cuyo significado literal es 'nombres'.

Se trata de un texto tradicional que narra la esclavitud de los hebreos en el antiguo Egipto y su liberación a través de Moisés, quien los condujo hacia la Tierra prometida. Este libro es, desde el punto de vista histórico, una mera continuación de los hechos patriarcales del Génesis. Su objetivo es demostrar que el Dios de los patriarcas cumplió sus promesas de protección sobre su descendencia, condenada a trabajos forzados en Egipto. Dios había prometido a Abraham que su descendencia habría de constituir un gran pueblo. El Éxodo narra justamente los orígenes de Israel como comunidad nacional organizada en torno al dios de las promesas.

En la narración del Éxodo se destaca la figura excepcional de Moisés: profeta, libertador y organizador del pueblo salvado de la esclavitud faraónica. La personalidad de Moisés marca el nacimiento de Israel como colectividad nacional en un ambiente hostil fuera del ámbito de los pueblos sedentarios. Los orígenes de la teocracia hebrea llevan el sello de la intervención sobrenatural de lo divino mediante teofanías: una nube misteriosa guiaba al pueblo por la estepa inhóspita (Ex 13,21; 14,20-24); Dios aparece envuelto en una nube en la cima del Sinaí (Ex 19,26; 24,15); después desciende sobre la tienda de Moisés y el tabernáculo. Dios, como una columna de nube, acompaña a su pueblo en su peregrinaje por el desierto hasta llegar a Kadesh Barnea, a las puertas de la Tierra Prometida. En algunos textos, no es una nube misteriosa la que acompaña a los hebreos, sino que es el ángel de Yahweh el que los conduce por el desierto (Ex 33,14; 14,19; 23,20; 33,2).

El conjunto de leyes que llenan los capítulos 20-23 forman el Código de la Alianza: pacto suscrito entre Dios e Israel como "pueblo elegido", con derechos y deberes recíprocos. La comparación de la legislación mosaica con otros códigos orientales (el Hammurabi, el asirio y el de los hititas) muestra ciertas coincidencias. Pero mientras los códigos orientales están formulados como casuística ("si alguien..."), el código mosaico es apodíctico ("no matarás, no hurtarás...").

Yahweh, el "Dios del Sinaí" es un Dios celoso que exige absoluta fidelidad. Su alianza con su pueblo se compara con la unión matrimonial. Es un Dios que

no admite competidores y prohíbe su representación en imágenes (aniconismo). El nombre de este Dios, Jahweh, refleja una atmósfera de misterio y trascendencia. Es un Dios personal, que "habla" a su pueblo por mediación de Moisés. Es un Dios providente que actúan en la historia y sus acciones están reguladas por los atributos de justicia y de misericordia. Un Dios que castiga la infidelidad al pacto con su pueblo, pero que sabe perdonar (si bien no deja de imponer el castigo, pues "el que la hace la paga"). La alianza en el Sinaí con Yahweh es el hecho fundamental o fundacional en torno al cual girará toda la vida religiosa de Israel durante siglos hasta los tiempos del mesianismo.

El principal propósito del Éxodo es mantener vivo en la memoria del pueblo hebreo el relato fundacional de dicho grupo como nación: a partir de la salida de Egipto, una vez libre y peregrinando por el desierto hacia la Tierra Prometida, el pueblo israelita adquirió por primera vez conciencia de su unidad étnica, filosófica, religiosa y nacional, dado que el Libro del Éxodo se refiere a la esclavitud de los hebreos en Egipto y la epopeya que condujo a liberarlos de tal condición, haciendo de ellos un grupo libre, con identidad nacional propia y a su vez provisto de Ley.

El pueblo de Israel sigue considerando su obligación el narrar el relato fundacional del Éxodo en cada celebración anual de la Séder de Pésaj (Pascua judía), en la que el pueblo de Israel lee y rememora los contenidos que se encuentran expresados en la Hagadá ((הגדה 'relato') pascual.

El Éxodo se atribuyó tradicionalmente al propio Moisés, pero los eruditos modernos ven su composición final como un producto del exilio babilónico (siglo VI a. C.), basado en tradiciones escritas y orales anteriores. El consenso entre los exégetas sostiene que el Éxodo tal y como aparece en la Biblia es legendario y no describe con exactitud eventos históricos, aunque algunos defienden la existencia de un núcleo histórico que dio sustancia a la tradición bíblica posterior.

El libro del Éxodo constituye antes que nada una narración de carácter religioso y cultural, un legendario mito fundacional, en el que los eventos relatados no deben ser interpretados como hechos reales, sino como una semblanza poética y una epopeya nacional identitaria de considerable valor simbólico, pero sin ningún valor histórico real.

No obstante, la posible historicidad del evento ha dado lugar a diferentes teorías especulativas. Algunas hipótesis contemplan que olas migratorias pudieron haber dado lugar no solo a uno sino a varios éxodos, cuyos diferentes restos, recogidos por la tradición oral hebrea, fueron entremezclándose y por último se fusionaron, dando lugar a la narración del libro del Éxodo.

Hay evidencias de que, en Canaán (la Tierra Prometida), existían ya asentamientos proto-israelíes desde mucho antes de las fechas que da el Éxodo. En *La Biblia desenterrada* (2006), los arqueólogos Israel Finkelstein y Neil Asher Silberman plantean la inexistencia del éxodo hebreo. Según ellos no existió ninguna conquista comandada por el guerrero israelita Josué, sino que Canaán fue invadido pacíficamente varios siglos antes de Josué por parte

de nómadas extranjeros proto-hebreos en el periodo del declive de las ciudades-estado cananeas.

La salida de Egipto y la revelación del monte Sinaí son dos hechos fundacionales en la historia del pueblo Israel. Significativamente, ambos son narrados en el libro bíblico del Éxodo. Según el judaísmo, el milagro de la liberación del pueblo hebreo demuestra y confirma al pueblo de Israel como el pueblo elegido por Yahweh y dicha liberación es a su vez determinante en el establecimiento de la liturgia yahvista.

LEVÍTICO

El Levítico (en griego: Λευιτικός, Leyitikós, 'acerca de los Levitas'; en hebreo: ויקרא Vayikra, 'y Él llámó') es uno de los libros bíblicos del Antiguo Testamento y del Tanaj. Aunque tenga fragmentos más antiguos, hay consenso entre los estudiosos de la Biblia en que adquirió su actual forma durante el período persa, entre los siglos VI y IV a.C. Forma parte del Pentateuco, y de la Torá judía ("La Ley"). Se lo cuenta entre los libros históricos y en ambas versiones es el tercero, ubicado entre Éxodo y Números.

El libro se denomina Levítico porque se trata, en esencia, de un manual religioso para uso de los levitas, sacerdotes encargados del culto, escogidos de entre los miembros de la tribu de Leví. Su tema central son los derechos y deberes de los levitas. Los rabinos lo denominaban "Ley de sacerdotes". Trata, sobre todo, del ritual del culto divino en el tabernáculo.

La tradición judeocristiana lo atribuye a la pluma del patriarca Moisés, como los demás libros del Pentateuco. No hay un único autor, como se pensó durante mucho tiempo. Por el simple hecho que nadie puede narrar su propia muerte, en el caso de Moisés. Estos libros están compuestos por diversos autores, de diferentes contextos y épocas y su relato depende de este dato. Se acepta hoy que proviene de tradiciones o corrientes de pensamiento que son: Yahwista, Elohista, Deuteronomista y Sacerdotal. Se supone que es obra de una escuela sacerdotal influenciada por la personalidad Ezequiel, profeta que ejerció su ministerio entre 595 y 570 a.C., durante el cautiverio judío en Babilonia. Se supone que la fusión de los diversos cuerpos legislativos tuvo lugar en los tiempos de Esdras (siglo V a.C.).

Se trata de un texto muy difícil de interpretar para el lector moderno, porque constituye un libro típico y absolutamente judío. Nada hay en él que pueda parecer familiar para el no judío. A pesar de ello, el Levítico es un libro único, el primero de su tipo en la historia, que presenta interés y sorprendentes trazos de la vida religiosa y moral judía de aquellos tiempos. La temática principal es reafirmar la pureza y la santidad del pueblo de Israel, en el cual Yahweh ha puesto su predilección.

La idea teológica central del Levítico es la santidad de Dios, que debe comunicarse de algún modo al pueblo de Israel, y particularmente a los sacerdotes. La santidad divina implica trascendencia e incontaminación respecto a las cosas creadas. Dios habita en una atmósfera aislada rodeado de su santidad. Las cosas creadas son impuras para Dios, están maculadas

por el pecado, todo lo opuesto a la perfección moral de Dios. Para mantener una atmósfera moral de acercamiento a Dios, es necesario crear un valladar ritual que aisle al individuo consagrado a Dios de todo lo que pueda contaminarle. Las leyes del Levítico tienen como finalidad específica purificar al hombre que vive en el tabernáculo de Yahweh para entrar en contacto con la atmósfera divina. Los levitas tenían la obligación de mantenerse puros en el sentido ritual y moral, porque tenían por misión ser intermediarios entre Yahweh y su pueblo. El ideal del Levítico es crear en Israel la conciencia de nación sacerdotal, de un pueblo que debía vivir aislado de los pueblos politeístas para no contaminarse y perder su misión histórica en los planes divinos.

La primera enseñanza del Levítico es que la asamblea es santa. Por lo tanto, sus miembros deben estar acordes con esta santidad, siendo puros y perfectos. En este sentido, el texto sigue al Decálogo y las normas dictadas por los profetas, que pasaron mucho tiempo insistiendo en las exigencias morales que Dios requería de los judíos.

Pero no se trata de un manual moral (18-20) ni de una profecía (26), ni tampoco de un texto jurídico. Es esencialmente un manual ritual sobre distintos tipos de celebraciones: sacrificios sagrados (1-7), ordenación de los sacerdotes (8-9), purificación (14), expiación (16) y fiestas o santas convocatorias (23).

NÚMEROS

El Libro de los Números o simplemente Números (del griego Ἀριθμοί Arithmoí; llamado en hebreo במדבר Bəmidbar: 'En el desierto') es el cuarto libro del Tanaj hebreo. Es el cuarto libro de la Torá judía (o Pentateuco).

El nombre de este libro alude al censo de los israelitas realizado en el Sinaí antes de emprender la marcha hacia Kadesch Barnea. Su argumento es contar las vicisitudes de Israel desde el Sinaí hasta las riberas del Jordán. Aunque el libro tiene cierta unidad por el marco geográfico general (el desierto) en el que se encuadran los hechos y las leyes, sin embargo, no podemos hablar de unidad literaria. No hay ligazón entre los hechos y las partes legislativas. Existen relatos duplicados, prueba de que en el libro hay diversos estratos documentales: yahvistas, elohistas y sacerdotales. Incluso hay algún fragmento de estilo deuteronomico. Hay en el libro tradiciones que podrían remontarse a los tiempos de Moisés, mientras que otras tienen una redacción más reciente. El núcleo primitivo ha ido recibiendo su última forma redaccional en los tiempos posteriores al exilio.

La tradición religiosa judía atribuye el Libro de los Números (como todos los libros de la Torá: el Pentateuco) al gran legislador de la nación hebrea Moisés (Moisés ben Hamram o Moshé Rabenu), quien habría vivido hacia el 1300 a. C. Según el Segundo Libro de los Reyes (22-23), este libro fue hallado durante la reforma de Josías (hacia el año 622 a. C.).

El redactor del libro de los Números, en lugar de presentarnos a unas gentes desanimadas y reacias a la disciplina, como se traduce a través de no pocos

incidentes del yahvista, nos presenta a Israel como un ejército perfectamente en orden, moviéndose por tribus con sus enseñas y jefes y acampando en torno al tabernáculo del Generalísimo, Yahweh. Formando escolta de honor al tabernáculo están las familias levíticas, y después las doce tribus repartiéndose por igual en los cuatro ángulos. Cuando se levanta el campo, el orden es riguroso, yendo el tabernáculo, llevado a hombros por los levitas, en medio, precedido de seis tribus y seguido de las otras seis. En todo este relato no se habla de un pueblo que emigra con su hacienda, sino de un ejército aguerrido y disciplinado que se mueve, al parecer, sin impedimentos, confiado a la especial providencia divina. Esta "sacralización" de la historia en función de unas ideas teológicas es característico del redactor sacerdotal (P), que redacta tranquilamente sus notas en Jerusalén a la sombra del templo de Yahweh, con la finalidad de sembrar estupefacción religiosa en sus lectores. Las "fioretti" de los santos de la Edad Media, redactadas con el fin exclusivo de edificar al pueblo ignorante, nos dan una pauta para entender el género literario de no pocas narraciones bíblicas en la que el *midrasch* [en hebreo, מדרש, 'explicación', exégesis de un texto bíblico, dirigido al estudio o investigación que facilite la comprensión de la Torá] priva sobre la realidad histórica.» [Nácar Fuster, E. / Colunga, A.: *Sagrada Biblia*. Madrid: BAC, 1970, p. 159 – Revisión del texto y de los estudios introductorios de acuerdo con las últimas orientaciones de la ciencia bíblica, por Maximiliano García Cordero, O. P., Pontificia Universidad de Salamanca]

DEUTERONOMIO

Deuteronomio (del griego τὸ Δευτερονόμιον / τὸ Deuterounómion, 'la segunda ley'; hebreo: דְּבָרִים, Devarim, 'estas son las palabras') se ubica en el quinto lugar, precedido por Números y es, en consecuencia, el último texto de la Torá ("La Ley" o "Enseñanzas de Dios") y, para los cristianos, del Pentateuco ("Las Cinco Cajas" donde se guardan los rollos hebreos). En las Biblias cristianas, se encuentra antes de los Libros históricos, el primero de los cuales es el de Josué. El libro recibió el nombre de Deuteronomio porque así se lo titula en la versión griega de los LXX: déuterós nómos o "Segunda Ley", por oposición a la "Primera Ley" recibida por Moisés en el Monte Sinaí.

El Pentateuco ha sido atribuido tradicionalmente al patriarca Moisés. El Deuteronomio es, en consecuencia, el discurso con el cual el legislador se despide de su pueblo en los llanos de Moab (Deut. 1:5). Sin embargo, los judíos que se encuentran frente a él escuchándolo no son los mismos que se encontraban al pie del monte Sinaí.

La crítica literaria aplicada a los textos bíblicos, ha puesto en evidencia que no se puede atribuir el texto a Moisés, ya que responde a situaciones históricas posteriores. En efecto, la insistencia temática en la unidad de Dios, la unidad del Culto, la unidad de la Ley y de la Tierra pone en evidencia una época de crisis en la que esto ya no se realiza. El libro del Deuteronomio es un compendio de textos escritos en diferentes épocas, y proveniente de diversas fuentes, como lo son una buena parte de los libros de la Biblia. Este libro cobró una especial relevancia en el reinado del rey Josías, bajo el cual fue

descubierto el manuscrito en el Templo. El libro, y la tradición oral que los sustentó pudieron haber sido llevados por escribas que huyeron del Reino del Norte, a la sazón invadido por las tropas asirias del rey Sargón II, quien tomó la ciudad de Samaría, capital del Reino del Norte, en 721 a. C.

El Deuteronomio es como una recapitulación del cuerpo legislativo y de sus relatos históricos puesta en boca de Moisés antes de morir, como testamento y exhortación al cumplimiento de los preceptos divinos. Considerando que la masa general del pueblo no había sido testigo de las obras que Dios había realizado con ellos desde la salida de Egipto o por su corta edad no está en condiciones de entenderlas, se las trae a la memoria, y al mismo tiempo les recuerda el gran legislador las leyes que les había dado en el Sinaí, para que las graben en su corazón y les sirvan de norma de vida cuando entre en la tierra prometida.

Este libro no es una narración histórica ni una mera codificación de leyes, sino una composición oratoria del género parenético, exhortativo, persuasivo. Enraizado de lleno en la historia natural de la salvación, el Deuteronomio relata los avatares del pueblo como un poderoso esfuerzo para salvar el patrimonio espiritual ahora en peligro.

El Deuteronomio mantiene un estilo diferente a los otros libros de pentateuco, pues es una ley predicada. Por ello, se habla a una segunda persona con palabras de carácter homilético como escuchar, recuerda, hoy, teme al Señor. Este estilo se encuentra también en la historia deuteronomística.

El Deuteronomio retoma la tradicional forma de contar la historia de Israel a través de grandes discursos; ellos son el marco y la referencia que limitan el Código ético que debería regir la vida del judío. El tono es solemne y enfático, redundante con muchas repeticiones. La idea central de sus discursos es que solo el cumplimiento fiel de los preceptos divinos atraerá la bendición de Yahweh.

El libro relata lo que sucedió desde la entrega de las Tablas de la Ley hasta la llegada a los llanos del Moab, pero, como sucede con frecuencia en el Antiguo Testamento, no narra los hechos por la historia misma: los utiliza como medio para probar la realidad y verdad del Código.

Su personaje principal es el propio Moisés, viejo y en el fin de su vida, que recuerda el pasado y, con un estilo vivo y directo, se dirige a los israelitas para hacerles notar que, si no guardan una fidelidad a ultranza al Pacto, serán ingratos y poco merecedores del amor de Dios. Él los ha elegido, y ellos han de honrar esa confianza o desaparecer.

La historia es, pues, en el Deuteronomio, el testigo que declara en favor de Dios que volcará al jurado (el pueblo) en su favor. El Deuteronomio muestra ser la puerta de ingreso a una interpretación correcta de la subsecuente historia del pueblo de Israel, esto quiere decir que el Deuteronomio tiene una proyección hacia el futuro del pueblo de Israel.

El núcleo literario primitivo legislativo lo constituyen los capítulos 12-26. Los capítulos 1-4 parecen adición posterior, y los capítulos 5-11 pueden asimilarse

al núcleo central. El capítulo 28 es como la conclusión del conjunto de los capítulos 5-26. El resto parece adición tardía.

«Los exégetas bíblicos creen el que Deuteronomio es el famoso *Libro de la Ley* descubierto en los cimientos del templo en los tiempos de Josías (621 a.C.). Es de suponer que, en los tiempos de persecución religiosa bajo Manasés, el libro de la Ley fue escondido cuidadosamente por los sacerdotes, perdiéndose después su memoria. La compilación parece ser del siglo VIII, lo que explica las coincidencias doctrinales con la predicación de los profetas Isaías y Amós. La ley de la centralización del culto refleja la reforma de Ezequías. Podemos suponer que las antiguas leyes recibidas por tradición fueron remozadas conforme a los esquemas doctrinales del profetismo, y, para autorizarlas ante el público, son puestas en boca de Moisés en el momento solemne de su despedida. En realidad, se trataba de desentrañar el contenido ético-espiritual de la legislación mosaica en conformidad con los nuevos panoramas espiritualistas de la predicación profética.

La principal preocupación del deuteronomista es evitar que los israelitas tomen parte en los cultos idolátricos, que es justamente la obsesión de los profetas del siglo VIII a.C. Las infiltraciones paganas en el pueblo eran cada vez mayores, y era preciso recordar los grandes postulados de la religión mosaica, como fue concebida en los tiempos del desierto. El sincretismo religioso fue siempre un peligro para los israelitas, ya que estos no tenían inconveniente en asociar al culto de Yahweh prácticas idolátricas de origen cananeo y aun asirio y fenicio. Por eso se ordena la extirpación de los cananeos y se prohíbe tener relaciones con ellos. Por la misma razón, deben desaparecer todos los lugares de culto paganos: santuarios en los lugares altos, altares, estelas e imágenes (Dt 7,5-25). Yahweh es el Dios del universo; es el único, Creador de cielos y tierra. Como tal, celoso de su gloria, y no admite competencia de los ídolos. Es trascendente, omnipotente, santo y justo. La elección de Israel se concretó en la alianza con Abraham y con el pueblo en Horeb. De ahí arrancan las obligaciones del pueblo escogido hacia su Dios. [...]

Los valores éticos son claramente destacados. El culto no tiene valor si no hay conversión íntima de los corazones a Dios. Es justamente el ideal de la predicación profética de los siglos VIII-VI a.C., que representa la etapa culminante de la vida religiosa de Israel.» [Nácar / Colunga: *Sagrada Biblia*. Madrid: BAC, 1970, p. 200-201]

JOSUÉ

El Libro de Josué (en hebreo, ספר יהושע, Sefer Yehoshúa) se encuentra ubicado entre el Deuteronomio (último libro del Pentateuco), que termina con la muerte de Moisés a las puertas de Canaán y el Libro de los Jueces.

El libro narra la entrada de los israelitas a la Tierra Prometida bajo el liderazgo de Josué, que sucedió a Moisés como líder de las tribus hebreas. Junto con el Deuteronomio, Jueces, 1 Samuel, 2 Samuel, 1 Reyes y 2 Reyes, pertenece a

una tradición de la historia y la ley judía, llamada deuteronomica, que se comenzó a escribir hacia el 550 a. C. durante el exilio babilónico.

El libro consta de tres partes: la conquista de Canaán (capítulos 1-12), la distribución de los territorios conquistados (capítulos 13-21) y la unidad de Israel fundada en la fe (capítulos 22-24). Forma un corpus ideológico y conceptual con los libros del Pentateuco: así como el Génesis importa una promesa y los otros cuatro libros de la Torá son los libros de los mandamientos y las leyes, Josué es el libro donde se relatan las realizaciones, en el que Yahweh se evidencia fiel a sus promesas, las que cumple acabadamente cuando el pueblo judío lo obedece con docilidad.

JUECES

El Libro de los Jueces pertenece al grupo de los Libros Históricos. En la Biblia se encuentra ubicado entre el Libro de Josué y el Libro de Rut. El libro es continuación del de Josué, aunque no está enlazado literariamente con él. Dos apéndices históricos (capítulos 17-18 y 19-21) relatan sucesos de la misma época, pero que están fuera del plan general del libro. La cronología resulta oscura. Una particularidad es la naturaleza de las cifras: casi todas de una generación, cuarenta años; su duplo, ochenta, o los submúltiplos, veinte, diez, etc. El autor, no disponiendo de datos precisos, ordenó de este modo los que poseía. Eso mismo vemos luego en el libro siguiente de Samuel.

El Libro de los Jueces narra el período que va desde la muerte de Josué hasta el nacimiento de Samuel, un tiempo en que los judíos han abandonado su vida nómada y acaban de instalarse como semisedentarios primero y agricultores luego, habitando en casas de material o chozas de adobe.

Las tribus, aunque conscientes de su unidad étnica y religiosa, no formaban por esta época una unidad políticamente organizada. Cada tribu vivía luchando con los cananeos por adueñarse de parte del territorio. Este contacto con los cananeos dio lugar a alianzas matrimoniales y, con esto, a la contaminación con los idólatras ritos cananeos.

Todo el libro intenta ser una demostración teológica de que la infidelidad a Dios ha sido la causa de todos los males de Israel. Pero Él es misericordioso, y compensa con la llegada de los jueces la impiedad del pueblo. Yahweh no reniega del Pacto con el pueblo elegido ni le vuelve la espalda jamás. Dios es fiel. Sin embargo, permite que las situaciones conflictivas se susciten, porque el pueblo ha de probar su fidelidad. Este rasgo emparenta a Jueces con el libro del profeta Oseas.

RUT

Rut, también llamado Libro de Rut, está precedido por el Libro de los Jueces y seguido por I Samuel. En el Tanaj hebreo se lo cuenta entre los Ketuvim ("escritos"). El autor es desconocido, pero algunos detalles de su estilo y argumento ubican la fecha de su composición en la época posterior al Exilio

en Babilonia. El hecho de que no se mencione a Salomón convence a muchos estudiosos de que debe ser fechado antes del reinado de este.

Es uno de los libros más breves del Antiguo Testamento, y supone algunas características especiales que lo diferencian de los demás. Este libro, en las colecciones antiguas, suele ir unido con el de los Jueces, por pertenecer a la misma época.

Argumento: Elimelec, un hombre de Belén de Judá emigra con su familia al país de Moab con su esposa Noemí y sus hijos, Quelión y Mahlón. Al morir Elimelec, sus dos hijos se casaron con Orfa y Rut de Moab, respectivamente.

Diez años más tarde, murieron también los dos hijos sin dejar descendencia, y entonces Noemí, acompañada de su nuera Rut, regresó a Belén. Al llegar a Belén, Rut y Noemí tuvieron que ponerse a trabajar en el campo de Booz, primo de la familia de Elimelec. Como otro familiar no estuvo dispuesto a casarse con Rut, ese deber le correspondió a Booz, que ya se había sentido atraído por la moabita. De este matrimonio nació un hijo, Obed, que más tarde sería abuelo del rey David. Así, Rut ingresa por sus propias virtudes en la religión judía.

Al volver de la cautividad, los judíos en general y el autor del libro en particular se encuentran con Israel dividida ideológicamente en dos tendencias: una de ellas cerrada y exclusivista, que quería mantener la pureza del judaísmo a toda costa, y otra más abierta y universalista que deseaba ampliar el espectro a las naciones vecinas y de ser posible al mundo entero.

El primer grupo quería prohibir los matrimonios mixtos, y los últimos profetas se adscribieron a esta teoría y preconizan severamente contra las leyes más flexibles de Esdras y Nehemías. Pero el cambio de los tiempos es inexorable y la apertura no puede evitarse: el judaísmo ya no volverá a estar aislado nunca más. A esta corriente pertenece el libro de Rut, al igual que Job y Jonás. Rut es, como otros libros históricos de la Biblia, una narración histórica cuya finalidad es trazar una parábola moral. Los fines que pretende lograr el autor son éticos y literarios además de históricos.

El autor de Rut se preocupa por mostrar la gloria de Dios a través de Rut como modelo de piedad, amabilidad, fidelidad, obediencia, sumisión y coraje; es un ejemplo concreto de todas y cada una de las virtudes del judaísmo. Su suegra Noemí recibirá las bendiciones de Yahweh a través de ella.

El objetivo del autor es proporcionar una lección misionera, demostrando de qué manera una mujer gentil se convirtió en la seguidora del verdadero Dios y como se incorporó a la vida del pueblo de Dios. En Dios no hay excepción de razas; Él toma bajo sus alas de protección a los extranjeros que confían en Él. Pero la preocupación principal del autor es darnos a conocer la ascendencia del rey David. Demostrar de qué manera David descendió de una mujer cuya fe –no su raza– fue lo que la salvó.

1 SAMUEL Y 2 SAMUEL

Estos libros se denominan en hebreo de Samuel y formaban parte de un solo libro, sin enlace literario con los precedentes. Ha sido luego dividido en dos, conforme a la división de las versiones latina y griega. Tanto los LXX como la Vulgata latina llaman a I y II Samuel "I y II Reyes", respectivamente, y a I y II Reyes, "III y IV Reyes", reconociendo desde el origen la artificialidad de la división actual.

I Samuel cuenta la historia de Samuel, un importante profeta, y del reinado del rey Saúl hasta su muerte, incluyendo la guerra de los israelitas contra los filisteos y la gran hazaña del pastor David (más tarde rey de Israel) al derrotar al gigante Goliat. Es su argumento uno de los períodos más importantes de la historia hebrea, aquel en que salió Israel de su estado de disgregación política para constituir un Reino Unido. Las Doce Tribus se hallaban sumamente desorganizadas (por decisión propia). El peligro común las obligó a unirse. El proceso político las llevará al establecimiento de una monarquía centralizada. 1 Samuel se divide en tres partes: Samuel (1-13), Saúl (14-31) y David (2 Samuel 1,2), con dos capítulos de apéndices (23-24). A pesar de la mirada teocrática que la Biblia otorga a estos gobernantes, siempre subsiste, como un halo de amenaza, cierto aspecto profano en todos los reyes.

Como las demás naciones, Israel ha querido tener un rey, pero Dios les ha impuesto como condición que este no será un profano, sino también el líder religioso del pueblo. El rey será el ejecutor de la voluntad de Dios en medio de su pueblo, y se le exige para ello que sea fiel y piadoso. Para que no olvide sus deberes, el profeta del Señor estará siempre al lado del monarca para guiarlo y reconvenirlo.

Tras la reprobación de Saúl, llegará la fidelidad de David, el hombre elegido según el modelo de liderazgo que la divinidad pretende. No se conformará con nada inferior a él. De su simiente nacerá el Mesías, y este primer despertar de la esperanza mesiánica se extenderá por todos los tiempos hasta consolidarse en el cristianismo.

1 REYES Y 1 REYES

El libro Primero de los Reyes (hebreo מְלִיכִים א, Melajim Álef), tanto en la Biblia católica como en la judía, está precedido por el Segundo Libro de Samuel, y seguido por el Segundo Libro de los Reyes. Se lo conoce también como "1 Reyes" o "Libro Primero de los Reyes" (también "Libro Tercero de los Reyes" o "III Reyes" en la LXX y la Vulgata latina).

El libro Segundo de los Reyes (hebreo, מְלִיכִים ב, Melajim Bet), es el último de los de profecía. Le siguen el Primer Libro de las Crónicas en las versiones modernas de la Biblia, y el libro de Isaías en la Biblia judía. Se lo conoce también como "2 Reyes", "Libro Segundo de los Reyes", o "IV Reyes" (en los LXX y la Vulgata latina).

Los investigadores suponen que, originariamente, I Reyes formaba un solo rollo con II Reyes y I y II Samuel. El libro 1 Reyes narra la historia de los reinos de Judá e Israel (a partir de 1R. 12), haciendo hincapié muy particularmente en la grandeza del reinado de Salomón (1R 1-11). Judá e

Israel son considerados independientemente, y analizados en forma exhaustiva. El Libro de 1 de Reyes comienza con el reinado de Salomón y termina con el profeta Elías.

El escritor bíblico manipula libremente sus fuentes: a veces las nombra y cita, pero otras se aparta de ellas, las silencia y las omite. Los Libros de los Reyes no son en realidad históricos sino más bien (una constante en esta sección de la Biblia) historias religiosas. El autor se concentra en el Templo porque en él se consuma la relación del pueblo con Dios. Las normas del culto siguen al Deuteronomio y, en este sentido, el cumplimiento de la Ley (que se guarda precisamente en el Templo) y la reforma religiosa son el fin y el origen de la narración que el autor está redactando (al menos en su versión original).

El concepto básico que transmiten los Libros de los Reyes: Un solo Templo y un solo Dios. Todos los reyes de Israel son condenados. De los de Judá, solo ve con buenos ojos el autor a ocho (los ocho que han enfrentado al paganismo, han ayudado al Templo o han sido fieles a la Ley). De los ocho, solo dos son alabados extensamente.

El Libro Segundo de los Reyes continúa la historia de los reinos de Judá e Israel desde la muerte de Salomón (929 a. C.) hasta la caída de Samaria (722 a. C.) y de Jerusalén (587 a. C.). También relata los milagros del profeta Eliseo. Desde el capítulo 18 hasta el final del libro se continúa la historia para culminar en el Cautiverio de Babilonia.

Judá e Israel son considerados independientemente, y analizados en forma exhaustiva y completa. Se estudia un reinado de uno de ellos y a continuación se explica el del reino hermano en el mismo período.

Los libros de los Reyes, que empiezan pintándonos con vivos colores la gloria del reinado de Salomón, nos cuentan después la historia lamentable del pueblo, dividido en dos reinos, con frecuencia en guerra fratricida. Lo que más preocupa a los redactores bíblicos es la vida religiosa del pueblo de Israel, la lucha de la religión verdadera con el culto de las divinidades de otros pueblos con los que los israelitas fueron entrando en contacto: Fenicia, Asiria, Caldea. Las dos monarquías en que se dividió la de Salomón acabaron en la deportación: la una en Asiria y la otra en Caldea.

PARALIPÓMENOS O CRÓNICAS

I Crónicas (hebreo, אֵלֶף הַיָּמִים דְּבָרָי, "Divrei Hayamim Álef", 'Los anales de los días'), también llamado 1 Crónicas, Primer Libro de las Crónicas y Primer Libro de los Paralipómenos (Παραλειπομένων, Paralipomenōn, 'Sobre lo omitido') se halla ubicado en la Biblia cristiana entre II Reyes y II Crónicas, mientras que en el Tanaj hebreo se encuentra en el penúltimo lugar.

Los libros precedentes vienen a ser una historia seguida desde el principio del mundo hasta la cautividad de Babilonia. Los Paralipómenos, junto con Esdras y Nehemías, contienen una historia paralela de la precedente, hecha con criterio distinto. I y II Crónicas forman una clara unidad temática y estilística con Esdras y Nehemías.

El nombre hebreo equivale a Crónicas, Anales. El nombre de Paralipómenos viene del griego y significa 'preteridas', 'omitidas', porque los traductores griegos creyeron erróneamente que el fin del autor había sido consignar las cosas omitidas de los libros de Samuel y de los Reyes siendo tan clara la repetición de cosas, tomadas de aquellos libros, es manifiesto que el nombre es un error que no tiene fundamento. Estos libros contienen una historia de Israel, narrada desde el punto de vista del templo y del culto.

El propósito de I Crónicas es dar una lectura del pasado a la vista del presente y así unificar el pueblo de Dios, rastrear las raíces del rey David y de las doce tribus, y enseñar que la verdadera adoración debe ser el centro de la vida nacional e individual.

El autor de I Crónicas es completamente desconocido, aunque la tradición judía lo atribuye al escriba Esdras, posiblemente en razón de las similitudes de vocabulario y estilo con el libro de su nombre.

II Crónicas en particular narra el período comprendido entre la muerte de David y la liberación final. Cuenta la historia de cada rey de manera muy esquemática y no exhaustiva, indicando en general: nombre del padre, nombre de la madre, duración del reinado, sucesor, lugar de la sepultura, principales acontecimientos y sincronía de cada uno de los reyes de Judá.

Su pensamiento demuestra que ha estudiado la doctrina y reflexionado largamente sobre ella de la mano de excelentes maestros judíos. Escribió su libro a finales del siglo IV o en la primera mitad del III a.C.

Los Libros de las Crónicas hacen una relación histórica de los eventos más importantes del pueblo judío desde los orígenes hasta el decreto de Ciro el Grande que pone en libertad a los hebreos tras el Cautiverio en Babilonia.

Si se tiene en cuenta el hecho de que en el momento en que se escriben las Crónicas la mayoría de los judíos viven en la Diáspora, queda muy claro que la intención del Cronista es exaltar la unidad del judaísmo. Presenta a la comunidad davídica como continuadora y heredera de la sociedad mosaica y no vacila en hablar de una alianza entre Dios y David (2 Crónicas 13,5) en los mismos términos en que el Éxodo (Biblia) habla de la alianza entre Dios e Israel (Éxodo).

ESDRAS Y NEHEMÍAS

Estos dos libros son una continuación de los Paralipómenos, cuya terminación se repite al principio del de Esdras. También formaron antes un solo libro, conocido como Esdras-Nehemías, dividido luego en dos, Esdras y Nehemías en el texto hebreo, I y II de Esdras en las versiones.

Ambas obras representan el capítulo final en la narrativa histórica. Los dos libros se separaron en los primeros siglos de la era cristiana. En el judaísmo aproximadamente en el año 1448. Su argumento es la restauración material, religiosa y moral del pueblo judío, después de la vuelta del cautiverio, en virtud del decreto de Ciro (538 a.C.).

El libro de Esdras trata del retorno a Sion (la tierra de Israel) por los judíos, después de su cautiverio en Babilonia, y está dividido en dos partes. La primera cuenta la historia del primer retorno de los exiliados en el primer año de Ciro el Grande en 538 a. C. además de la finalización del nuevo Templo de Jerusalén en el sexto año de Darío I en 515 a. C. La segunda parte, narra hechos acaecidos casi setenta años después en 448 a.C., año séptimo del reinado de Artajerjes, la posterior misión del sacerdote Esdras en Jerusalén y su lucha por purificar a los judíos de lo que el libro llama: «el pecado de matrimonio con no-judíos».

Estos libros están escritos en forma de compilación de diversos documentos. No obstante el orden de la narración actual, es probable que la legación de Nehemías precedió a la de Esdras y que el libro de aquel debiera insertarse antes de los capítulos 7-10 de este.

TOBÍAS

El Libro de Tobit (en griego, Τωβιθ o Τωβιτ, Tōbíth o Tōbít; en hebreo, טובי, Tobí 'bondadoso mío'), también llamado Libro de Tobías (en latín, Tobias; en hebreo, טוביה, Tobyah, 'Yahweh es bondadoso'), es una antigua obra literaria hebrea incluida en la Septuaginta, comúnmente aceptada por las comunidades judías de la Diáspora, pero luego considerada como un texto apócrifo por el judaísmo rabínico, el judaísmo caraíta, el judaísmo mesiánico y por los cristianos protestantes. Sin embargo, este libro es aceptado como canónico por los católicos, ortodoxos y ortodoxos orientales.

Ignoramos quién haya sido el autor de este libro, que se debe suponer escrito en la época posterior del judaísmo. Se discute también si fue escrito en hebreo o arameo, pues el original no se conserva. Su idioma original, según el análisis de la mayoría de los expertos, fue el arameo. Posteriormente habría sido traducido al hebreo y al griego, aunque es posible un original hebreo.

El autor debió de ser un judío versado en la historia y en la teología y que posiblemente haya vivido en tiempos de la Diáspora. Algunos afirman que fue escrito en Egipto entre los siglos IV y III a. C., mientras que otros autores se inclinan por el siglo II a. C. o aun comienzos del siglo I a. C. en Judea.

El cronista bíblico parece haberse inspirado en el Génesis para escribir su libro; como en aquel, la intención no es hacer un prolijo examen cronológico, historiográfico o documental, sino enseñar teología. En este sentido, Tobit se encuentra estrechamente emparentado con Judit y Ester.

La literatura de este libro es sapiencial: su enseñanza teológica es concreta, inmediata, de uso diario. No se pierde en áridas disquisiciones teóricas, sino que pretende que los conocimientos transmitidos se apliquen aquí y ahora. Tal vez, como analizan algunos estudiosos, el libro de Tobit, junto a los inmediatos de Judit, Ester y Job, representan un tipo de género intermedio de libros narrativos realmente no históricos, sino más bien sapienciales, entre los otros libros que suelen ser tenidos por históricos reales y aquellos que de hecho son simplemente libros sapienciales.

El sentido del libro es demostrar que Tobit recibe la clemencia de Dios porque es un leal servidor de Él; siempre ayuda a los demás judíos y ejercita una solidaridad y una caridad notables. Su fe es evidente y su vida moral es intachable, por lo que camina siempre en la senda del temor de Dios y de la piedad religiosa.

Su doctrina tiene gran semejanza con la expresada en forma poética en el libro de Job en cuanto a la prueba a que el uno y el otro son sometidos por Dios. En ambos se plantea el problema de la razón de los sufrimientos del justo, reclamando una solución que tranquilice a las almas piadosas. La solución de Tobías es la misma que la de Job: los sufrimientos son solo una prueba a la que Dios somete al justo, superada la cual, Dios se muestra más generoso en premiar de lo que el justo esperaba en su aflicción.

El libro de Tobías Ofrece una visión primitiva del Mesías por venir, especialmente en el canto del capítulo 13.

JUDIT

El Libro de Judit (en griego antiguo, Ἰουδείθ, romanizado: Ioudeith; en hebreo: יהודית (Yehudit) 'la judía') es una antigua obra literaria hebrea que no forma parte del canon de libros sagrados elaborado por el judaísmo. Las Iglesias católica y ortodoxas, al estar incluido en la Septuaginta, lo consideran canónico, las iglesias reformadas lo consideran apócrifo.

No se conoce con exactitud la fecha del libro, la hipótesis más aceptada es que fue compuesto en tiempos de los Macabeos (mediados del siglo II a. C.). El autor o autores del Libro de Judit son desconocidos a día de hoy. Parece haber sido un judío conocedor de las Escrituras, lleno de fe en los destinos de su nación, devoto de la Ley, que escribió en hebreo o en arameo, hacia el fin del judaísmo un siglo o dos antes de Cristo.

El libro recibe el nombre de la heroína que es el personaje principal de la obra. Se trata de un relato literario, no histórico, de la liberación de Israel amenazado por un ejército extranjero. Judit, una viuda devota y respetuosa de la Ley, seduce y luego decapita a Holofernes, el general asirio, salvando así a su pueblo de la invasión.

El texto es una invitación a la unidad de los israelitas y al cumplimiento de la Ley. El libro de Judit es considerado como una especie de "novela histórica" que, haciendo uso de recursos similares a la novela helenística, cumple una clara función de narración edificante y exaltadora del patriotismo y la piedad. Como el texto fue compuesto en época de los macabeos, su objetivo podría ser impulsar la resistencia de los judíos contra sus invasores con la narración de la historia de una heroína del pasado que vivió similares circunstancias.

El libro de Judit, junto a los inmediatos de Tobit, Ester y Job, representaría un tipo de género intermedio de libros narrativos realmente no históricos, sino más bien sapienciales, entre los otros libros que suelen ser tenidos por históricos reales y aquellos que de hecho son simplemente libros sapienciales.

ESTER

El Libro de Ester (hebreo *אֶסְתֵּר מְגִילַת*, Meguilat Ester, 'Rollo de Ester') forma parte de los Ketuvim ('Escritos'), la tercera sección del Tanaj. El texto original hebreo es universalmente considerado canónico. Para el judaísmo, constituye un libro externo e independiente de la Torá (Pentateuco). Para el cristianismo, forma parte de los libros del Antiguo Testamento. A su vez, las adiciones posteriores en griego fueron aceptadas como deuterocanónicas por la Iglesia católica, en tanto que Iglesias protestantes, anglicanas y restauracionistas las excluyen de la Biblia, basándose en la usanza judía.

El Libro de Ester muestra un considerable nacionalismo y emplea un lenguaje directo, poco dado a las metáforas. Ester no cita fuentes ni se ciñe estrictamente a la doctrina hebrea (incluyendo el concepto de Alianza), ni a Dios como fuente esencial de la espiritualidad y de la vida religiosa del pueblo judío. De tal manera que en el libro no aparece el nombre de Dios, caso extraordinario en un libro sagrado para el judaísmo y el cristianismo. Debido a ello, el judaísmo no lo incluye en el cuerpo principal de la Torá, sino que lo preserva como texto físicamente separado de la Ley mosaica. Existen sólo dos libros en la Biblia en donde este hecho se verifica: el Libro de Ester, y el Cantar de los Cantares.

El libro de Ester es, en el fondo, parecido al de Judit, y uno mismo parece haber sido el propósito del autor que lo escribió. La historia de Ester es un drama, no en el sentido griego (lucha del hombre contra el destino), sino en el hebreo: una historia que muestra la providencia de Dios. Recibe su nombre de la heroína que es su figura principal. Su argumento es la persecución de que la nación judía fue objeto en el impero persa durante el reinado de Jerjes I (485-465 a.C.). La narración pone en claro que la causa de la persecución era la nacionalidad de Israel, sus leyes, sus instituciones, por las que se distingue de otros pueblos; pero no aparece en ella el nombre de Dios. Parece manifiesto el propósito del autor de callarlo.

Este libro utiliza permanentemente los mecanismos lógicos hebreos: si Dios ama al justo, el justo deberá finalmente triunfar sobre el impío (amonestación de Mardoqueo a Ester: capítulos 13-17; comprensión de los personajes de que Dios guía los sucesos: capítulo 1,14-16). Además, la acción de Dios siempre opera conforme a su propia Ley.

El Libro de Ester es tradicionalmente atribuido a Mardoqueo, testigo ocular y uno de los principales protagonistas del relato. Ya para los críticos modernos, el Libro de Ester fue escrito por un judío desconocido, en Susa (Persia) o en Israel, durante el período que va de finales del siglo V a finales del siglo II a. C. Por su parte, la traducción y adiciones en griego posiblemente se hicieron poco antes del año 114 a.C.

1 MACABEOS

I Macabeos (*א מקבים ספר*), también llamado Primer Libro de los Macabeos, o 1 Macabeos) es una obra literaria incluida en la Septuaginta, pero luego

considerada como un texto deuterocanónico por los judíos rabínicos y caraitas, por los judíos mesiánicos, y por los cristianos protestantes, anglicanos y restauracionistas. Sin embargo, este libro ha sido aceptado como canónico por los católicos, ortodoxos, y los ortodoxos orientales. Se encuentra ubicado entre los libros de Ester y II Macabeos.

Se ignora el nombre del autor de I Macabeos. Sus originales se han perdido y solo se conserva la versión griega de los LXX. Este libro fue escrito en hebreo, entre los años 104-63 a.C. (hacia finales del reinado de Juan Hircano), por un judío de Palestina, fiel y leal a su patria y su religión, y totalmente convencido de la justicia de su causa, profundo conocedor de las cuestiones técnicas atinentes a su teología y entusiasta de la nueva dinastía, cuyos orígenes parece que se propone contar. El autor es casi contemporáneo de los hechos que narra, ya que la rebelión de los Macabeos se registró entre los años 175 y 135 a.C.

«Desde los días de Esdras y Nehemías hasta los de Seleuco IV (187-175 a.C.) la historia está muda. Israel, gobernado por un senado que presidía el sumo sacerdote, vivía en paz bajo el imperio persa, y cuando este fue sustituido por el macedónico, pasó automáticamente al dominio de Alejandro Magno. A la muerte de este se organizó el reino de los Seléucidas en Siria y el de los Tolomeos en Egipto. Palestina, puesta en medio, fue campo de batalla de las rivalidades de ambos reinos y hubo de sufrir las consecuencias. El fervor religioso se fue apagando en muchos israelitas, que, contaminados con el paganismo griego, quisieron sustituir las instituciones mosaicas por las helénicas.

Los reyes de Siria vieron con agrado estos propósitos y los hicieron suyos, apoyando a los que prevaricaban de la ley y alianza divinas, y dando con esto ocasión a las guerras heroicas de los Macabeos, que casi tuvieron tanto de civiles como de nacionales. Estas guerras son el argumento de los libros de los Macabeos, que no son una sola obra dividida en dos libros, sino dos obras distintas y en gran parte paralelas.

El libro primero comienza con un breve resumen, que va desde Alejandro Magno (336-323) hasta Antíoco IV Epifanes (175-170). Abarca un periodo de cuarenta años (175-135 a.C.). En ellos, el pueblo bajo la dirección de esta familia, gracias al heroísmo de la misma y a la habilidad con que supo aprovecharse de las contiendas civiles del reino seléucida, alcanzó la independencia y creó una nueva dinastía levítica, la de los Asmoneos, como la historia denominó a la familia de Matatías.» [Nácar / Colunga: *Sagrada Biblia*. Madrid: BAC, 1970, p. 531-532]

El libro muestra un respeto por la fe y la piedad. Tanto es así, que ni siquiera se atreve a llamar a Dios por su nombre propio (Yahweh) o simplemente denominarlo «Señor», prefiriendo mencionarlo como «Cielo».

Numerosas veces los combatientes recurren a la oración para acrecentar su fuerza, y evidencian una inquebrantable confianza en que Dios prestará su ayuda a quienes dan su sangre en la lucha por la causa de Israel. Cuando los

Macabeos triunfan, el autor bíblico atribuye este éxito al apoyo y la ayuda que Dios les ha prestado.

2 MACABEOS

El Segundo libro de los Macabeos, también conocido como 2 Macabeos, II Macabeos, y 2º de Macabeos, es para los cristianos católicos, ortodoxos, y ortodoxos orientales, un libro deuterocanónico del Antiguo Testamento, incluido en la Septuaginta. Junto con 1 Macabeos, pone fin a los llamados Libros históricos, y se ubica entre I Macabeos y el Libro de Job en el canon católico, y entre I Macabeos y III Macabeos en el canon ortodoxo.

Este libro no es propiamente un libro segundo, una continuación del precedente. Es otro libro sobre la misma materia, bastante amplia. Se trata de un escrito originariamente en hebreo, posteriormente se perdieron estos manuscritos fue traducido al griego en la Septuaginta.

Su estilo es el de los escritores helenísticos, cuyo objetivo es el de agradar y edificar, narrando la guerra de liberación dirigida por Judas Macabeo, sostenida por apariciones celestes y victorias obtenidas por intervención divina.

«Un cierto Jasón de Cirene, desconocido de nosotros, compuso cinco libros sobre Judas Macabeo. Nuestro autor los compendió en este solo libro en favor de los lectores que no pudieron leer los cinco de Jasón. Abarca quince años (175-161 a.C.).

El propósito del autor no es solo contar los sucesos históricos, sino, mediante ellos, instruir y edificar a sus lectores. Escribe en griego y se sirve de los recursos de la retórica griega para mejor lograr su intento.

El prólogo (2,20-33) y el epílogo (15,38-40) ponen de relieve la gran diferencia que hay entre este libro y todos los otros, escritos en lengua semítica. La cronología seguida es la del libro primero, con la diferencia de que este sigue en todo el cómputo oficial, empezando a contar desde el otoño de 312 a.C.

La obra va precedida de dos a modo de apéndices, que son dos cartas (1,1-9 y 1,10-2,19), dirigidas por los judíos de Jerusalén a los de Egipto con el fin manifiesto de recomendarles la santidad del santuario jerosolimitano y apartarlos del templo cismático que habían levantado en Leontópolis [‘ciudad de leones’, nombre de la capital del XI nomo del Bajo Egipto en la época ptolemaica, que fue importante ciudad durante la dinastía XXIII].» [Nácar / Colunga, p. 560]

El libro es considerado como un texto apócrifo por los judíos rabínicos y caraítas, por los judíos mesiánicos, y por los cristianos protestantes, anglicanos y restauracionistas. Las Iglesias que lo integran en el canon, encuentran afirmaciones de importancia, tales como la resurrección de los muertos, la oración por los difuntos, el mérito de los mártires, y la comunión de los Santos y su intercesión, entre otras.

LOS LIBROS SAPIENCIALES

Se denominan libros sapienciales, libros poéticos o libros de la sabiduría a un subconjunto de libros del Tanaj judío (Biblia Hebrea) y del Antiguo Testamento cristiano.

En la versión Septuaginta estos libros son siete, mientras que en el Canon Hebreo usado por el judaísmo rabínico, caraíta y mesiánico, y por el Cristianismo protestante, anglicano y restauracionista, son cinco.

En los cánones hebreo y alejandrino:

Job.

Salmos.

Proverbios.

Eclesiastés.

Cantar de los Cantares (también conocido como *Cantares* o *Cantares de Salomón*).

Exclusivos del canon alejandrino:

Libro de la Sabiduría de Salomón (también conocido como *Sabiduría de Salomón*).

Libro de la Sabiduría de Jesús ben Sirá (también conocido como *Eclesiástico* y como *Sirácida*).

En el judaísmo, se considera que estos libros (los de la primera lista) son parte de los Ketuvim o «Escritos».

En el cristianismo, todas las tradiciones incluyen en el Antiguo Testamento a los libros de la primera lista, mientras que algunas tradiciones les añaden los libros de Sabiduría y Sirácida, parte de los libros deuterocanónicos.

«Los libros sapienciales surgieron principalmente dentro de los círculos de "sabios" y "piadosos" que constituían el núcleo más fiel del yahvismo en los tiempos posteriores al exilio babilónico.

Según la enumeración del Tridentino, son los siguientes:

Job, Salterio davídico de 150 salmos, Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares, Sabiduría y Eclesiástico.

Todos estos libros difieren, por su contenido y forma, de los proféticos, porque, mientras en estos prevalece el "oráculo" (comunicación directa de Dios al profeta), en los Sapienciales se destaca el "consejo", la reflexión sapiencial, la efusión afectiva espiritual, la dramatización lírica, la formulación aforística o gnómica [del griego γνῶμικός gnōmikós 'sentencioso'] y la exposición didáctica. Todo ello es fruto de la reflexión teológica sobre el acervo cultural religioso de la tradición israelita y sobre las enseñanzas prácticas de la vida.

El "sabio" del Antiguo Testamento es equivalente al teólogo actual, quien, sin recibir revelaciones especiales directas de Dios (como en el caso de los profetas), deduce consecuencias prácticas para conseguir la verdadera "sabiduría", que se basa en el "temor de Dios" (Pro 1,7). Por ello, los "sabios" llenaron el vacío que dejaron los profetas; son en realidad un sustitutivo de inferior categoría espiritual.

El salmista canta con nostalgia: "iam non est propheta"; han desaparecido los confidentes de Dios para resolver los problemas acuciantes del pueblo escogido. La reflexión teológica y la piedad tendrán que suplir el gran vacío espiritual dejado por los grandes colosos yahvistas, que desde los tiempos de Moisés hasta poco después del exilio babilónico mantuvieron la antorcha de la revelación, iluminando a las generaciones de Israel.

La "sabiduría" en Israel no es, como para Aristóteles, la ciencia de las últimas causas, sino que tiene un sentido más empírico: es cierta agudeza y prontitud de ingenio para hallar una salida en casos apurados. El juicio de Salomón en la querrela de las dos mujeres que reclamaban su hijo quedó como proverbial en punto a sagacidad en la historia de Israel (1 Re, 3,12 s.). Análoga a esta es la agudeza para hallar solución a los enigmas y acertijos, de que tanto gustaban los orientales. La reina de Saba quedó maravillada de la "sabiduría" de Salomón a este respecto.

La "sabiduría" fue considerada en Israel como un don de Dios. Dada la concepción teocéntrica y teocrática de la vida en Israel, todas las cosas aparecen vinculadas a lo divino. Por eso no es fácil deslindar los conceptos de "sabiduría" profana y religiosa. Los griegos, con sus disquisiciones filosóficas, buscaban ante todo la relación de causa y efecto en la órbita natural.

Los hebreos, como los semitas en general, dan explicaciones teológicas a todos los fenómenos de la naturaleza, de la vida y de la historia. Todo ocurre porque Dios lo quiere, sin buscar la influencia inmediata de las causas segundas, y menos las concatenaciones profundas dentro de ese proceso causal.

La sabiduría popular ha tenido primariamente su reflejo en formulaciones proverbiales; de aquí que la fórmula gnómica o aforística representa el primer estadio de la especulación "sapiencial", y así la encontramos en el libro de los Proverbios. Los "consejos" de los "sabios" suelen formularse, de ordinario, en forma rimada sentenciosa, para captar la atención del lector y facilitar su retención memorística. Los proverbios o refranes pasan así de boca en boca, y llegan a formar un cuerpo doctrinal a través de las generaciones. Se ha definido el proverbio como la sabiduría de muchos y el ingenio de uno, convirtiéndose por ello en patrimonio del vulgo. Juntamente con el proverbio va el enigma, el acertijo, la fábula, el apólogo, que son formas de sabiduría popular primitiva. En los libros *Sapienciales* encontramos el eco de esta sabiduría popular nimbada por un sentido religioso.

Superada esta primera fase *gnómica* o sentenciosa de la "sabiduría" en Israel, aparece el discurso didáctico, el diálogo discursivo. El libro de Job, el Eclesiastés (medio gnómico, medio discursivo), el Eclesiástico y la Sabiduría

reflejan esta segunda modalidad sapiencial. En general, predomina el ideal de la "áurea mediocridad", ya que no existe aún perspectiva sobre una vida espiritual en ultratumba. Solo en el libro de la Sabiduría encontramos perspectivas más elevadas que trascienden a la panorámica de esta vida terrena.

El "sabio" israelita, más que la sabiduría teórica sobre la naturaleza y el hombre, le interesa la práctica: el arte de conducirse en la vida conforme a las leyes divinas, lo que asegura al hombre la protección y benevolencia del Omnipotente. En Job (28,23) encontramos bien formulado el principio: "el temor de Dios, esa es la sabiduría; apartarse del mal, esa es la inteligencia". El libro del Eclesiastés es el canto a la fidelidad a la ley de Israel.

Cada uno de los siete libros sapienciales tiene su género literario propio, aunque muchas veces se entremezclan los diversos módulos de expresión. Así, en el libro de Job encontramos fragmentos en prosa y en poesía, secciones didácticas y diálogos tomados de la tradición profética o sapiencial anterior. El ejemplo, la comparación, la exposición vivida, los proverbios, los epigramas satíricos, la efusión lírica y aun el género epitalámico [de epitalamio: composición lírica escrita en honor de una boda] integran esta riquísima literatura sapiencial. Los paralelismos, las paranomasias, los juegos mnemotécnicos, salpican las reflexiones del "sabio", que busca enseñar, deleitar honestamente a sus lectores. El paralelismo de miembros (sinónimo, antitético y sintético) constituye como la base de la poesía hebrea, como se declara en la introducción al Salterio.» [Nácar / Colunga, o. c., p. 581-583]

La literatura sapiencial bíblica es profundamente humana, es universal, profundamente moral y esencialmente religiosa y monoteísta. Toda la religión y moral del Antiguo Testamento gira en torno a la idea de un Ser trascendente, misericordioso y justo, que se muestra a la vez providente con el hombre. La base de la conducta humana son la virtud, el justo medio y el "temor de Dios". Las relaciones del hombre en la vida social tienen como base siempre esta dimensión religiosa. Nada de legalismo ni de formalismo al estilo de los escribas farisaicos.

Según Joaquín González Echegaray, Job, Proverbios y Eclesiastés son los libros sapienciales más antiguos y se caracterizarían por "su escasa atención al culto oficial, su carencia de espíritu nacionalista y su orientación más hacia el individuo, la naturaleza del mundo y el modo de vivir satisfactoriamente que hacia el conjunto del pueblo, la historia de Israel y las relaciones personales entre el creyente y Dios".

La tradición suele atribuir cualquier obra de tema filosófico eminente de la que se desconocía el autor rey Salomón ("la sabiduría del Rey Salomón"), lo mismo que los Salmos al rey David, que tenía fama de tener gran talento musical. Debido a una antigua tradición piadosa, durante muchos siglos, el llamado Cantar de los Cantares, así como los Libros de los Proverbios, del Eclesiastés, de la Sabiduría, y otros Libros de Salmos y de Odas, fueron atribuidos a la autoría de Salomón, personaje a quien cita la Biblia como hijo y sucesor del rey David, dotado de una gran sabiduría, así como de una gran habilidad para

las relaciones diplomáticas, constructor del primer gran templo de Yahweh en Jerusalén, y también como uno de los reyes de todas las tribus israelitas. Sin embargo, en el caso de todas estas obras, los estudiosos bíblicos ya han determinado que esta atribución, casi seguramente, no es ninguna otra cosa sino un artificio literario, destinado a exaltar, por una parte, la gran inteligencia legendaria del mencionado rey, y, por otra, a tratar de aumentar la autoridad de los escritos, al atribuirlos a un autor conocido, ilustre en razón de su realeza, y, por añadidura, notable y destacado en el campo del conocimiento.

JOB

El libro de Job (hebreo אִיּוֹב, Iyov) es un libro bíblico del Tanaj judío y del Antiguo Testamento cristiano. En el Tanaj hebreo figura entre los Ketuvim (Escritos), ubicado entre los Proverbios y los Cantares. En el cristianismo figura como el primero de los Libros Sapienciales. En el canon católico se ubica entre II Macabeos y el Libro de los Salmos. En el canon ortodoxo, nestoriano y miafisita (ortodoxo oriental), se ubica entre IV Macabeos y los Salmos. En el canon protestante se encuentra entre el Libro de Ester y los Salmos.

El autor es anónimo, pero de gran finura religiosa y conocimientos. La problemática tratada habla de una datación por lo menos tras las deportaciones y en tiempos del profeta Malaquías: entre el 538 y el 330 a.C.

El problema es dilucidar si en el relato del libro de Job se trata de una historia real o de una ficción literaria en torno a un personaje legendario de la tradición. La tradición ha entendido el relato en sentido histórico. Pero las peculiaridades literarias del libro parecen insinuar que nos hallamos ante una composición didáctica estructurada artificialmente en función de una tesis teológica. El relato tiene carácter convencional: se desarrolla escénicamente como una composición dramática redactada en función de la demostración de una tesis: no hay conexión necesaria entre el pecado y el sufrimiento. Aunque el héroe del drama no sea judío, sin embargo, el autor es abiertamente israelita, si bien sitúa su composición literaria dentro de la panorámica universalista que caracteriza a la literatura sapiencial hebrea.

Después de la catástrofe nacional del 586, el israelita se replegó sobre sí mismo, buscando solución a los problemas personales del individuo en su dimensión humana, y entre ellos estaba el enigma del dolor del justo. Por ello, la composición del libro se sitúa después del exilio babilónico.

«Este maravilloso libro poético-didáctico gira en torno a la tragedia de un justo, no israelita (se supone que vivió en Edom entre “los hijos del Oriente”), que fue sometido a terribles pruebas por Dios para aquilatar su virtud desinteresada. El problema teórico que plantea es el de la razón del sufrimiento del justo en esta vida, cuestión que ha sido estudiada en las diversas literaturas de la antigüedad. El hagiógrafo, en lugar de plantear el problema en abstracto, prefiere presentar la historia de un justo irreprochable, el cual, a pesar de su acrisolada virtud, sufre las más terribles penalidades:

pérdida de la hacienda, de los hijos y de su misma salud. Con todo, acepta resignado la prueba, pues todo viene de Dios: lo bueno y lo malo.

La tesis tradicional en la sociedad israelita era que Dios premia en esta vida la virtud y castiga el vicio. A los cumplidores de la ley divina les están reservados toda clase de bienes temporales, mientras que a los pecadores les espera la muerte prematura, la pérdida de los bienes y la esterilidad (Dt 7,13; 8,6-18). Por otra parte, se establecía una relación causal entre el pecado y el sufrimiento, de forma que todo el que sufría contrariedades de orden físico o moral tenía por causa indefectible el pecado. La historia del justo Job será la prueba irrefragable de que esta tesis, comúnmente aceptada por la sabiduría tradicional, no tiene validez en todos los casos, y, por tanto, no se debe atribuir necesariamente la desventura y la enfermedad al pecado como causa propia.

Los designios de Dios son misterios, y, por tanto, no deben aventurarse juicios temerarios sobre la culpabilidad del que sufre. Esta es la conclusión del libro, puesta en boca de Dios. El enigma del sufrimiento del justo que, sin embargo, sin resolver, pues no se da la verdadera clave del misterio: los sufrimientos de esta vida encuentran su compensación en los premios y gozos de la eterna. Esta perspectiva es desconocida del autor del libro de Job, y no la encontramos en la Biblia hasta el siglo II a.C., en el libro helenístico de la Sabiduría.» [Nácar / Colunga, o. c., p. 583-584]

El tema de Job (el justo que sufre injustamente) fue muy frecuentado posteriormente en la época asiria, babilónica y persa. Las culturas babilónicas, por ejemplo, cuentan la historia de un rey el cual perdió todas sus posesiones y se enfermó. Rogando piadosamente al dios Marduk, el soberano consiguió que se le restituyeran el trono y la salud. Como se ve, este episodio es muy parecido al de Job.

El libro de Job está claramente relacionado con Proverbios y el Eclesiastés. Proverbios transmite enseñanzas basadas en la pura observación empírica, mientras que Job contiene una grave reflexión que desconfía de las soluciones fáciles o de las verdades evidentes. El Eclesiastés es incluso más escéptico. El dolor y el sufrimiento como instrumentos de redención reaparecen en el Libro de Daniel (Daniel 12,1-3) y en Sabiduría 2,5.

LIBRO DE LOS SALMOS

El nombre de salmo proviene del griego *psállein*, que significa originariamente 'tocar un instrumento de cuerda' o cantar al son de dicho instrumento.

Los salmos (en hebreo תְּהִלִּים, *Tehilim*, 'Alabanzas', en griego ψάλλμοι, *psalmoi*) son un conjunto de cinco libros de poesía religiosa hebrea que forma parte del Tanaj judío y del Antiguo Testamento. El Libro de los Salmos está incluido entre los llamados Libros Sapienciales. También es conocido como Alabanzas o Salterio. Suele encontrarse entre los libros de Job, Proverbios y Cantares.

Las composiciones salmódicas son, generalmente, de índole lírico-religiosa, aunque no faltan cantos épicos y fragmentos didácticos y aun oraculares proféticos. Las poesías de estilo salmódico son muy abundantes en las

tradiciones literarias sumeria, asiria y babilónica desde la más remota antigüedad. Estas culturas empleaban sobre todo salmos en forma de himnos o lamentaciones. Muchos himnos religiosos egipcios (especialmente el "Himno a Atón"), inspiraron en forma directa diferentes salmos, cuyo ejemplo más evidente es el Salmo 104. La cultura cananea influyó sobre los salmos y probablemente también sobre el resto de la literatura hebrea. El rey David, quien, según la Biblia, era poeta, perfeccionó la organización litúrgica y aplicó un poderoso impulso a la poesía salmódica.

Durante el período de la dominación persa, los salmos estuvieron en pleno apogeo y se fueron diversificando en multitud de estilos y géneros diferentes: himnos, imágenes mesiánicas, lamentaciones individuales o grupales, escatología, súplicas a Dios donde se confiaba en recibir una respuesta, textos didácticos que recuerdan importantes episodios históricos, cánticos de acción de gracias de personas individuales o de la nación entera, etcétera.

Una de las principales dificultades al tratar de interpretar los Salmos se debe a las cualidades de la poesía hebrea, expresión del ánimo peculiar del pueblo israelita, más intuitivo y sensible que el griego. La poesía hebrea se caracteriza por una métrica especial fundada en el paralelismo semántico: repetir la misma idea dos veces por lo menos con distintas palabras.

Son rasgos principales su concisión y carácter elíptico. Las ideas se fijan con pocas palabras, y se dejan implícitas muchas relaciones. Se renuncia a completar los nexos entre las ideas⁴ para que las palabras sueltas encuentren en el oyente lo que el poeta no consignó en el texto. La brevedad y la elipsis de los poemas hebreos se resolvían en su época gracias a un contexto histórico y social que compartían el poeta y sus contemporáneos. El desconocimiento de ese contexto esconde actualmente el sentido real del poema y deja paso a toda clase de especulaciones.

El texto original de los Salmos estaba en hebreo. Los manuscritos más antiguos con los que se cuenta y que están en esta lengua son de fines del siglo X, aunque los fragmentos encontrados en Qumram sean de mediados del siglo I. Dado que se trataba de un texto muy usado con fines litúrgicos, sufrió diversas transformaciones y cambios que hacen muy difícil descubrir el texto hebreo que fue la fuente de las traducciones más antiguas con que se cuenta. El texto hebreo masorético y el de las versiones griega y latina del Salterio no coinciden en la distribución numérica de los salmos, fuera de los ocho primeros y los tres últimos.

La colección completa del Salterio se divide en cinco libros. Se supone que esta artificiosa división obedece al interés por acoplar el Salterio a la tradicional división del Pentateuco en cinco libros.

En los títulos de 73 salmos en la versión hebrea dice "de David", mientras que 12 salmos son "de Asaf", 11 "de los hijos de Coré", 2 "de Salomón", otros "de Moisés", Hemán y Etán y 35 están sin atribución alguna. La versión griega atribuye 82 salmos a David. Existe una tradición sobre el origen davídico del salterio, basada en menciones de diversos libros de la Biblia y en los títulos de los mismos salmos: 73 salmos de la versión hebrea dicen "de David" y

algunos incluso añaden la ocasión en que fueron escritos. También en el Nuevo Testamento se da por supuesta la autoría davídica de algunos salmos. La crítica moderna tiende a negar la paternidad davídica a la mayor parte de las composiciones del Salterio. Hay tendencia a retrasar la época de composición de los salmos hasta la época persa y aun macabea (así Welhausen).

«La mayoría de los comentaristas actuales han tomado la prudente decisión de no discutir el problema del autor del salterio o de salmos individuales.»
[Luis Alonso Schökel]

El libro de los Salmos, como todos los de la Biblia, es eminentemente religioso. La poesía hebrea del Salterio está impregnada del sentido histórico-mesiánico de la comunidad teocrática. Las composiciones poéticas del Salterio brotan del ambiente cultural litúrgico. Según las exigencias de determinadas fiestas, el salmista componía un nuevo poema religioso, que era después recitado e incorporado a la colección preexistente. Surgieron así diversas familias salmódicas conforme al módulo literario poético exigido por las circunstancias: himno, canto de acción de gracias, oraciones deprecativas, odas epitalámicas, composiciones épicas y aun elegíacas. Los problemas individuales del salmista adquieren así un valor público.

PROVERBIOS

Proverbios (hebreo מִשְׁלֵי, Mishlei) es un libro bíblico del Antiguo Testamento y del Tanaj hebreo, que se clasifica entre los Libros Sapienciales del cristianismo, y entre los Ketuvim o "Escritos" del judaísmo.

En el texto hebreo dice "mishlé Shelomó". La palabra "mishlé" es el plural constructo de mâshâl, que significa 'parábola', 'alegoría', 'proverbio', 'sentencia'. En hebreo bíblico la palabra "mâshâl" es empleada corrientemente con el significado de 'sentencia' o 'máxima' de contenido generalmente moral, que puede ser de origen sagrado o profano. Etimológicamente implica la idea de semejanza y comparación, y responde a la formulación primaria de la sabiduría popular o gnómica, que es la primera manifestación de la filosofía de la vida y de las cosas en todos los pueblos. En Egipto son famosos los proverbios de Amenemope, sabio de época no muy clara, pero que fluctúa entre el siglo X y el VI a.C. Su analogía con las sentencias del libro canónico de los Proverbios plantea problemas de crítica literaria muy interesantes.

La enseñanza de Amenemope es la más conocida y estudiada por su relación con Proverbios 22,17-24,11 desde su descubrimiento en 1923. Al principio algunos defendieron que Amenemope dependía de Proverbios. En la actualidad prácticamente existe unanimidad entre los exégetas: Proverbios es posterior a la enseñanza de Amenemope y depende literariamente de ella, aunque no servilmente. Es célebre el pasaje de Proverbios 22,20: «He escrito para ti treinta máximas de experiencia», que sólo se ha podido explicar satisfactoriamente a la luz de Amenemope XXVII 7-8: «Considera estos treinta capítulos [de los que consta la enseñanza], que instruyen y educan».

La Septuaginta denomina a los Proverbios παροιμίαι (paroimíai) y la Vulgata usa proverbialia ambos son términos que restringen el sentido original de la palabra hebrea al de refrán o máxima. El libro está compuesto por extensas colecciones de máximas o sentencias de contenido espiritual, social, ético y moral, se ubica en la Biblia entre el libro de los Salmos y Eclesiastés, y en la Biblia judía entre los libros de Job y Rut.

El libro de los Proverbios destinado a lectores inteligentes, porque la mayor parte de las veces el esfuerzo de desentrañar sus contenidos exige una cierta preparación. La palabra "proverbio" se entiende también como refrán conciso, alegoría o adagio, siempre encerrando una enseñanza simple de la experiencia humana que puede contener o no una afirmación teológica.

Es muy difícil clasificar el contenido del libro, porque no ha podido encontrarse ningún orden lógico en la secuencia de proverbios que contiene. El orden de las secciones es indiferente a los contenidos, y dentro de cada una de ellas no se advierte ningún método.

La sabiduría expresada en los libros sapienciales nunca deja de lado la fe en Yahweh mostrando así su profundidad religiosa antes que práctica o moral. Las fuentes usadas por estos sabios son los textos de los profetas. Otra característica es cierta tendencia a personificar o achacar a la sabiduría acciones humanas. La línea argumental del libro está claramente establecida en Proverbios 1,2-7.

Se basa en el concepto de Sabiduría que se expresa en los Libros Sapienciales: el "sabio", que se presenta ante el pueblo como una persona que proviene de Dios y habla en Su nombre; por lo mismo, el sabio comparte algunos de los atributos de la divinidad.

En otras oportunidades, la deidad misma asume el papel de sabio, como creador del mundo y organizador de la moral. La sabiduría de los Proverbios, en fin, son las enseñanzas de la filosofía teológica que enseñan al hombre a ser como los sabios y a vivir en consecuencia.

El libro de los Proverbios ofrece una serie de máximas sobre la sabiduría divina y la humana en orden a la recta conducta en la vida. El principio de todas las virtudes está en el temor de Dios. Todas las virtudes acercan a Dios, mientras que los vicios apartan de Dios y atraen la maldición divina. El autor tiene para todas las clases sociales una exhortación ético-religiosa.

ECLESIASTÉS

La denominación Eclesiastés, adoptada por la versión latina siguiendo a la griega de los LXX (ἐκκλησιαστής, Ekklesiastés), pretende responder al vocablo hebreo קהלת, Qohéleth, 'eclésiasta', 'presidente de la asamblea' o kahal, que es el título que se da el autor de las sentencias de este libro canónico en el original hebreo. Con todo, el vocablo puede traducirse en el sentido más general como "predicador" o moralista, como ha sido traducido a partir de Lutero ("Der Prediger"). Quizá sea la mejor traducción "el orador", persona

que expone un tema ante una audiencia. Pertenece al grupo de los denominados Libros Sapienciales, o de enseñanzas.

No debe confundirse con el Libro del Eclesiástico, el cual es otro libro sapiencial, de nombre similar, que forma parte del Antiguo Testamento del Canon Amplio Oriental y Occidental, sustento de las Biblias propias de las iglesias cristianas ortodoxas, orientales, y de la católica.

«Con toda crudeza, el autor se plantea el problema de si es posible encontrar la plena felicidad en la vida. Pasando por las diversas vicisitudes de la existencia, concluye que es inútil afanarse demasiado buscando la felicidad, porque al final está siempre la decepción y el amargor ante la limitación de las cosas que excitan al placer, pero que después no lo calman. Con todo, existe una felicidad relativa en la vida humana, si se saben mantener como principio las limitaciones impuestas por la misma naturaleza de las cosas: la ciencia, la felicidad, los placeres de la mesa, la vida de hogar, las alegrías de la juventud, son un don de Dios, y bajo este aspecto deber ser deseados.

En el fondo del libro hay un moderado optimismo, a pesar de algunas expresiones radicales escépticas y pesimistas, Es un autor realista que descubre en la vida las luces y las sombras. No conoce la felicidad en ultratumba, y por ello encuentra en la vida un fondo de desilusión, un vacío en el corazón humano. Entonces el ideal es no forjarse demasiadas ilusiones en la vida, porque nunca serán debidamente colmadas. Los goces de la vida deben ser considerados desde este ángulo de limitación esencial y teniendo en cuenta que existe un Juez supremo, que puede castigar. Así el "temor de Dios" es principio de recta conducta en la existencia humana.

La tradición judaico-cristiana atribuyó durante siglos el libro al rey Salomón, pues el autor se declara desde un principio "hijo de David, rey de Jerusalén" (1,1 y 1,12). Hoy la crítica que cree que la atribución de este libro a Salomón es una ficción literaria, por el procedimiento de seudonimia (el autor oculta con un nombre falso el suyo verdadero). Los neohebraísmos y arameísmos delatan una época de redacción posterior al exilio. Además, parece reflejar el autor un ambiente social de decadencia y cansancio colectivo. Nada del optimismo y grandeza de los tiempos primeros de la monarquía israelita. Por razones lexicográficas y aun de valoración de los problemas ambientales, los críticos comúnmente suponen que el libro ha sido redactado en el siglo III a.C., cuando la sociedad israelita gozaba de una cierta tranquilidad bajo un Gran Consejo sacerdotal.» [Nácar / Colunga, o. c., p. 716-718]

La incertidumbre de la existencia es el centro de las reflexiones de Kohélet. Nos invita a disfrutar de la vida, pues nunca podemos estar ciertos de qué nos deparará y también las alegrías de este mundo son un don de Dios. Recomienda aceptar con serenidad las desgracias y la adversidad, pues también ellas serán tan pasajeras como lo es todo en la vida del hombre. La injusticia que con frecuencia domina lo humano, el valor de la sabiduría a pesar de sus inevitables límites, lo inútil de todo afán del ser humano que necesariamente concluye con la muerte, son algunos de los temas intemporales sobre los que reflexiona.

Es famosa la máxima final que precede al epílogo: "Vanidad de vanidades, dijo el Cohelet, y todo vanidad" (Eclesiastés 12, 8). Se señala a menudo la conexión del Eclesiastés con el Libro de Job. La pregunta ética por la justicia, o la pregunta por el sentido del sufrimiento, que Job plantea, tiene un contexto de creencias semejante.

Desde la perspectiva cristiana se echa en falta en el Eclesiastés un sentido de la trascendencia de la vida más allá de la muerte. Pero el dogma cristiano de la inmortalidad del alma no forma parte de las creencias del judaísmo originario, aunque sí hace referencia de la trascendencia espiritual en el capítulo 12:7 ("y se torne el polvo a la tierra que antes era, y retorne a Dios el espíritu que Él dio. Vanidad de vanidades, dijo el Cohelet, y todo vanidad").

«Ve, come alegremente tu pan y bebe tu vino con alegre corazón, pues que se agrada Dios en tus buenas obras. Vístete en todo tiempo de blancas vestiduras y no falte el unguento sobre tu cabeza. Goza de la vida con tu amada compañera todos los días de la fugaz vida que Dios te da bajo el sol, porque ésa es tu parte en esta vida entre los trabajos que padeces debajo del sol. Cuanto tu mano pueda hacer, hazlo alegremente, porque no hay en el sepulcro, adonde vas, ni obra, ni razón, ni ciencia, ni sabiduría» (Eclesiastés 9,7-10).

CANTAR DE LOS CANTARES

Cantar de los Cantares (hebreo שִׁיר הַשִּׁירִים, Shir Hashirim), conocido también como Cantar de Salomón o Cantar de los Cantares de Salomón, es uno de los libros del Antiguo Testamento y del Tanaj. El Cantar es un libro único en la Biblia y no encaja en ninguno de los principales géneros bíblicos: no se ocupa ni de la Ley, ni de los profetas, no es propiamente un libro sapiencial, ni examina tampoco la alianza y ni siquiera se ocupa de Dios. En el Cantar, los amantes se encuentran en plena armonía, y sienten un deseo mutuo y se regocijan en su intimidad sexual.

La construcción Cantar de los Cantares tiene valor superlativo, análogo al de otras expresiones como "Rey de reyes" (Ez 26,7; Dn 2, 37), "Libro de los libros", "Santo de los santos" o Sábado de sábados. La denominación enfática de Cantar de los Cantares es una traducción literal del original hebreo, que se habría de traducir, en realidad, el Cantar por excelencia, pues ese sentido tiene el giro semítico del original: superior a todos los demás y el singular y el excelso entre los de su misma textura.

Por su contenido material apenas se podría deducir que se trata de un libro religioso, ya que no se menciona a Dios, y los diversos poemas versan sobre las relaciones amorosas de dos corazones que se aman y se buscan. La tradición judaico-cristiana da la pauta para descubrir en estas páginas, aparentemente eróticas, un sentido religioso más profundo. Las expresiones de los dos amantes son crudas, conforme al género literario erótico oriental.

La introducción señala a Salomón como autor del libro, y así lo han considerado tradicionalmente las religiones judía y cristiana. Sin embargo, esta atribución supone que la obra debió componerse en el siglo X a. C., lo

que sería inverosímil, pues, como señala el arqueólogo Israel Finkelstein, los cinco primeros libros de La Biblia no se compusieron hasta el siglo VII a. C. La atribución a Salomón es, pues, ficticia, pues la cultura hebraico-bíblica no surge hasta el cautiverio hebreo en Babilonia. A Salomón se le atribuyó por el procedimiento de la seudonimia (el autor oculta con un nombre falso el suyo verdadero), tan corriente en la literatura sapiencial. El hebreo empleado en el texto es, además, obviamente tardío y contiene algunos arameísmos e incluso influencias del griego, lo que sugiere que cuando se compuso ya estaba escrita la Septuaginta. Por todos esos motivos filológicos y por la simbología de la obra, Ricciotti sitúa la redacción en el siglo IV a. C.

En cuanto al contenido, la exégesis naturalista ha interpretado este texto en sentido literal. Se trataría de un desahogo amoroso de dos personas que quieren unirse en matrimonio. En la tradición exegética cristiana privó la interpretación típica: el libro contaría los amores de Salomón con la hija del faraón; pero estos, a su vez, serían tipo de los amores históricos de Yahweh hacia Israel. La interpretación alegórica ve en las diversas vicisitudes de los diálogos alusiones a hecho concretos en la historia de Israel, amado de Yahweh. Es la interpretación de Esdras (4 Esd 5,24-26), el Targum y el Talmud: la obra cantaría las bodas místicas del Señor con su pueblo escogido. Las relaciones de Yahweh e Israel bajo el símil de un matrimonio son corrientes en la literatura profética a partir de Oseas y particularmente explicitadas en Jeremías y Ezequiel.

Con el cristianismo la imagen alegórica se actualizó: el cantar trata del matrimonio místico de Cristo con su Iglesia. Y aunque las correspondencias de la esposa hayan variado (la humanidad, el alma fiel del creyente), la interpretación simbólica prima durante bastante tiempo.

SABIDURÍA

El Libro de la Sabiduría, o Sabiduría de Salomón, es un libro bíblico del Antiguo Testamento que no está incluido en el Tanaj judío hebreo-araméo, pero distintas facciones y expresiones del Cristianismo Histórico lo incluyen en sus Biblias entre los llamados deuterocanónicos, en tanto que los grupos protestantes, y otros grupos cristianos lo excluyen de sus Biblias, así como a los otros deuterocanónicos, a los cuales consideraron como "apócrifos". En las Biblias católicas aparece después del Cantar de los Cantares, y antes del Eclesiástico, dentro de la sección de los llamados "Libros Sapienciales".

El autor de este libro ha sido un convencido israelita piadoso, profundo conocedor de los textos sagrados, la historia y las costumbres propios de su pueblo. Reproduce de forma muy fiel y minuciosa los usos y costumbres propios de la liturgia de los cultos paganos de la cultura egipcia, a los cuales reprueba y considera no actos religiosos, sino tan sólo prácticas idolátricas supersticiosas. Está versado en la cultura alejandrina, y parece ser, por consiguiente, un israelita de la Diáspora, vecindado o residente en Alejandría. Y, como tal, escribe en una lengua griega muy fluida, provista de cierto grado de elegancia.

Existe una unidad del tema general, y el estilo es similar en las diversas partes. El libro fue compuesto en griego y refleja una mentalidad judaica alejandrina con influencias de la filosofía platónica. Sus citas de la Biblia siguen la versión griega de los LXX (Septuaginta), que es de los siglos III-II a.C. Por otra parte, las alusiones a los cultos de la zoolatría nos llevan necesariamente a un escritor que vive en Egipto. Como no se alude a la dominación romana (a partir del 63 a.C.), el libro debe haber sido redactado a fines del siglo II, en tiempos de los últimos Tolomeos.

Los judíos tenían una fuerte colonia en Alejandría, gozando de los mismos privilegios que los de procedencia helenista desde los tiempos de Alejandro Magno. Tenían su organización judicial y religiosa en régimen de autonomía. Pero el ambiente general de la ciudad era pagano, epicúreo y materialista.

El libro fue escrito en pleno período helenístico, principalmente por la armonía que el autor evidencia entre la espiritualidad judía y la mentalidad griega. Aunque el autor del Libro de la Sabiduría da muestras fehacientes de no haber asimilado de manera alguna profunda o substancial algún tipo de doctrina filosófica griega, sí se lo observa, en cambio, utilizar en numerosas ocasiones términos habituales entre los estoicos y platónicos.

El libro se dirige a los hermanos de raza de su autor, judíos e israelitas vecindados en Alejandría, para alertarlos de la devastación y la ruina moral a los que se verían reducidos en caso de dejarse seducir por los cultos paganos, o por el ateísmo o la falta de piedad hacia el Dios de sus padres. El objetivo último de Sabiduría es, pues, llevar a los compatriotas del redactor de nuevo al redil de la verdadera religión.

El autor quiere fortalecer la fe de sus compatriotas contra la presión del ambiente pagano. En tiempos alejandrinos, los judíos e israelitas piadosos solían enfrentarse, de manera continua, a la gran seducción del paganismo griego, y de su relajada conducta moral, su estilo de vida hedonista, y sus maneras amplias y libres de pensar.

Por primera vez un libro bíblico presenta la panorámica de la felicidad en ultratumba como contrapeso a los sufrimientos de esta vida. Este libro perfecciona, en cierto modo, la doctrina de Daniel y II Macabeos. En ellos Dios esbozaba por primera vez la promesa de premios y castigos en la vida ultraterrena, primera concepción intelectual del más allá que antes no existía para la mentalidad judía. Esta prefiguración de la eternidad cristiana se encuentra descrita en Sabiduría 3, 1-6:

“Las almas de los justos están en las manos de Dios y el tormento no los alcanzará. A los ojos de los necios parecen haber muerto, y su partida es reputada por desdicha. Su salida de entre nosotros, por aniquilamiento; pero están en paz. Pues, aunque a los ojos de los hombres fueran atormentados, su esperanza está llena de inmortalidad. Después de un ligero castigo serán colmados de beneficios, porque Dios los probó y los halló dignos de sí. Como oro en el crisol los probó, y le fueron aceptos como sacrificio de holocausto.”

La muerte no es obra de Dios, sino que entró por envidia del diablo. Pero la panorámica de la retribución en el más allá da la clave para la solución del enigma de los sufrimientos de los justos. Los santos vivirán con Dios, participando de su realeza. El sufrimiento tiene la finalidad de purificar las almas y prepararlas a la unión con Dios. No se afirma la resurrección de los cuerpos ni se anuncia el advenimiento del Mesías.

ECLESIAÍSTICO

El nombre de Libro del Eclesiástico es reciente. El original fue escrito en hebreo, y la traducción griega se considera obra de un nieto de Ben Sirac unos 60 o 70 años después. Primitivamente, en los códices hebreos se le titulaba "Libro de Ben Sirac" o "Instrucciones de Ben Sirac" (en hebreo: סִירָא בֶן יְהוֹשֻׁעַ (חכמת)). Los manuscritos griegos suelen llamarlo "Sabiduría de Jesús, hijo de Sirac", y así pasó a los códices latinos, si bien en algunos de le denomina "Sapientia Salomonis".

Su nombre castellano, Eclesiástico, proviene de la voz latina Ecclesiasticus, nombre que le asignó Jerónimo en su Biblia Latina, llamada Vulgata, y que, a su vez, proviene de la expresión griega τὸ ἐκκλησιαστικόν (tò Ekklesiastikón, el libro de la iglesia, asamblea o congregación), nombre que le dio Cipriano de Cartago, padre de la Iglesia, en clara referencia al uso que de él hacía el cristianismo, a causa de sus ricos contenidos morales para la formación y la edificación del catecumenado, es decir, de las gentes que previamente habían sido ya bautizadas.

No debe confundirse con el Eclesiastés, que es otro Libro sapiencial del Antiguo Testamento. Tampoco debe confundirse con la expresión Libros Eclesiásticos, usada por algunos autores para referirse a los deuterocanónicos o al conjunto de los escritos del segundo canon que se leen en las iglesias.

Forma parte del Canon Amplio Oriental y Occidental, sustento de las Biblias propias de las iglesias cristianas ortodoxas, orientales, y de la católica. Esta última lo incluye entre los textos comúnmente tenidos por deuterocanónicos, o sea, de la Segunda Colección. En las Biblias católicas se le suele ubicar al final de las series de textos y escritos sapienciales (después de Sabiduría) y antes de las series de los Libros proféticos (antes de Isaías). Los judíos contemporáneos no lo incluyen en el Tanaj. Los protestantes lo consideran un libro apócrifo, aunque algunos lo ven como lectura provechosa.

Según el epílogo, es Ben Sirac, su abuelo, escriba versado en la Ley y los Profetas, que probablemente vivió en Jerusalén. Allí debía de tener una escuela de instrucción moral para la juventud. En sus viajes se puso en contacto con la filosofía helénica. Parece que la época de composición hay que colocarla hacia el 200 a.C., antes de la persecución de Antíoco IV, que empezó en el 170 a.C.

Ben Sirac es un hombre que ha viajado y que dispone de una rica experiencia de vida basada en la observación. Ha sido calumniado con acusaciones falsas. Una vez aclarada la verdad por obra de Dios, entona un canto de acción de gracias que cristaliza en este libro.

Se ha sugerido que Sirácides debió pertenecer a la escuela judía saducea, o que tal vez simpatizaba con sus ideas. Mas dado que el libro fue hallado entre los Rollos Manuscritos del Mar Muerto, así como en las ruinas del fuerte de Masada, es mucho más probable que su obra hubiera sido un texto universalmente aceptado, y al que se recurría para alentar la fe de diferentes escuelas de judíos disidentes, y aun discrepantes unas de otras.

«Este libro es un verdadero tratado ascético-espiritual conforme a la panorámica de la Ley mosaica. Las normas morales se suceden ininterrumpidamente y afectan al campo de todas las virtudes. En estilo didáctico se explicitan los conceptos y se deducen consecuencias prácticas. El orden es siempre lógico, y los conceptos se entremezclan y repiten cansinamente.

Se trata de instrucciones para amoldar la vida de las nuevas generaciones a las exigencias de la Ley. De hecho, el libro es un manual de moral práctica en el que se recomiendan todas las virtudes y se fustigan todos los vicios. Contiene normas de comportamiento incluso en los asuntos económicos y políticos, descendiendo a detalles de urbanidad e higiene. El prologuista hizo del original hebreo una versión al servicio de los judíos de la diáspora, que tenían que vivir en un ambiente pagano materialista. La tradición eclesiástica ha utilizado mucho este libro como fuente de ascesis y de piedad.

En cuanto al contenido doctrinal, Dios es eterno y se manifiesta en sus obras, al par que es providente. Justo y misericordioso, no tiene acepción de personas. La "sabiduría" es un atributo divino, insondable, inconmensurable y eterno. El hombre es el príncipe de la naturaleza. Después de la muerte va al seol, donde no hay placer ni gozo ni se alaba a Dios. Nada de retribución en ultratumba.» [Nácar / Colunga, o. c., p. 751-752]

En consonancia con el pensamiento religioso judío del alma eterna, (Dn 12:2), el registro bíblico muestra que Sheol se refiere a la sepultura común de la humanidad como un lugar de inconsciencia. Los que están allí ni alaban ni mencionan a Dios. Sin embargo, no se puede decir que simplemente representa un estado de separación de Dios. Se ha utilizado en algunas versiones bíblicas, el término "infierno" como un sinónimo, puesto que alude a la ubicación en las partes subterráneas de la Tierra.

La notoria influencia del Sirácida se siente en todo el Nuevo Testamento, especialmente en la Epístola de Santiago, también en los Evangelios, en las cartas de Pedro, Pablo, y en el Apocalipsis.

LIBROS PROFÉTICOS

El término profeta en la creencia religiosa se refiere a una persona que sirve como intermediario entre la humanidad y la divinidad. Estrictamente hablando, un profeta es alguien que sostiene haber tenido una experiencia personal de Dios recibiendo de él la misión de comunicar sus revelaciones y, como consecuencia de ello, habla en su nombre a los seres humanos. El profeta posee cualidades de intercesor por el pueblo ante Dios y a su vez es

mensajero de su palabra. Su carisma de interpretar la historia desde la perspectiva de Dios recibe el nombre de don de profecía.

Eventualmente, se utiliza el término para designar a alguien que predice acontecimientos futuros, generalmente cuando lo hace interpretando señales o basado en una revelación sobrenatural; pero ello puede dar lugar al malentendido, por lo que suele en tal caso emplearse *vidente*, de modo de diferenciarlo de los profetas, quienes comunican la palabra de Dios.

Si bien la palabra profeta deriva del griego *profētēs* (προφήτης, cuyo significado es el de 'mensajero', 'portavoz' e 'incidente político'), el uso de la palabra profeta con sentido estrictamente monoteísta se remonta a la cultura de los hebreos a través de la palabra *nabi* (נָבִיא), término que gradualmente fue introducido y empleado por los cultos judíos, cristiano y musulmán. *Nabi* quiere decir el que habla en nombre de otro. Es la significación de la palabra griega *profetes*. Es el encargado, por especial misión divina, de hablar al pueblo en nombre de su Dios.

Como abundaban en Israel estos mensajeros o portavoces de la palabra divina, así abundaban también sus falsificaciones, sus remedos, los falsos profetas, que se decían enviados de Yahweh y daban como palabra de dios los productos de su imaginación. Su norma era halagar al pueblo y a los príncipes, prometiéndoles fácil prosperidad, con que los confirmaban en sus extravíos. Eran verdaderos charlatanes, principales adversarios de los verdaderos profetas, como serán luego los escribas los adversarios de Jesucristo en el Nuevo Testamento.

«La profecía es un carisma divino, no un arte adquirido por el estudio. Sin embargo, los profetas necesitan de ordinario una formación que los prepare para mejor desempeñar la misión que Dios les confiere. Adquieren esta formación en el seno de la familia y en las asociaciones de hombres piadosos, llamadas escuelas de profetas, al parecer fundadas por Samuel (I Sam 10, 5; 19,20) y restauradas por Eliseo (2 Re 2,3): en la lectura de la Ley de los profetas anteriores, en el trato con hombres doctos, en la meditación y en las luchas de cada día.

Los discursos de los profetas, tal como nos han llegado, en su mayoría están escritos en verso, y a veces en estrofas artificialmente compuestas, y son frecuentemente modelos no solo de elocuencia, sino de la poesía hebrea y universal. El caso de Jeremías nos muestra cómo los profetas dirigían al pueblo la palabra en el templo, en las plazas, en las puertas de las ciudades, continuando así el ministerio del profeta. Daniel es de los muy pocos profetas que han publicado sus vaticinios solo por escrito. Sin duda, de esta divulgación de los oráculos proféticos proviene la falta de orden cronológico que en casi todos se siente, y no solo del desorden cronológico de los oráculos, sino hasta del desorden de un oráculo mismo, que viene a ser una de las dificultades más graves en el estudio de los profetas. El ritmo de los versos y la artificiosa construcción de las estrofas no siempre pueden alcanzar a restituirlos en su orden primitivo.

¿Cómo probaban los profetas la verdad de su misión? Moisés, el primero de los profetas de Israel, necesitó señales con que mostrar al pueblo ser enviado de Dios (Ex 3,11-6,9); pero los que a Moisés siguieron, con la misión de mantener al pueblo en la observancia de la Ley o de reducirle a ella, no tenían necesidad de tales pruebas. Su vida ajustada a la Ley, su celo por la causa de Dios, la fortaleza con que luchaban contra los pecados del pueblo y reprendían las iniquidades de reyes, príncipes y sacerdotes, eran para los creyentes prueba bastante de que Dios los enviaba. Si Elías y Eliseo pasaron a la historia como grandes dramaturgos, de Isaías solo se nos cuenta un milagro; de Jeremías y Ezequiel, ninguno. Si al leer hoy sus discursos no puede menos de sentirse en ellos el espíritu de Dios, mucho más lo sentirían los coetáneos, que los oían y eran testigos de su vida.

Ambiente histórico de los profetas

La actividad de los profetas se desarrolló en íntima conexión con la vida religiosa, moral y hasta política del pueblo israelita. Por esto importa mucho, para entenderlos, conocer el ambiente histórico en que ejercían su ministerio. Materia de sus reprensiones son las idolatrías del pueblo, las injusticias de los jueces, la opresión de parte de los poderosos y la conculcación de la ley divina por parte de todos. La política demasiado humana de los gobernantes, que por falta de fe en Dios acudían a alianzas peligrosas por la vida religiosa del pueblo, ofrece también a algunos profetas, como Isaías y Jeremías, materia de duros reproches.

Ateniéndose a la época en que florecieron los profetas escritores, desde el siglo VIII hasta el IV a.C., Israel vivió en vasallaje, bajo la dominación extranjera, primero de Asiria, luego de Babilonia y después de Persia. Fue Teglafalasar III [también conocido como Tiglatpileser III, que gobernó entre 745 y 727 a. C. y fue el fundador del Imperio neoasirio], el que, después de ampliar su imperio por Oriente, pensó en dominar las regiones de Occidente. Los reyes amenazados trataron de unir sus fuerzas para oponerse al invasor. El rey de Judá, Ajaz, no asintió a tales planes. Para obtener la cooperación de Judá, el rey de Siria, Rasín, y el de Samaria, Facea, declararon la guerra a Ajaz (734 a.C.) con el propósito de sustituirle por un cierto Tabel, que se avendría a los planes de los confederados (Is 7,1-11). Ajaz acudió en demanda de socorro a Teglafalasar, quien atacó luego el reino de damasco, que pronto quedó convertido en una provincia más del reino asirio (732 a.C.) (ver: Re 16,1-9). Luego se dirige contra Samaria, a cuyo rey, Facea, destronó poniendo en su lugar a Oseas (732 a.C.) y llevándose muchos cautivos a Nínive (Is 8,4; 2 Re 15,29).

Judá quedó también sometido al vasallaje de Asiria durante el reinado todo de Ajaz. No pasaron muchos años, y el amor de la libertad movió a los reinos occidentales a nueva tentativa. Parece que Samaria era el centro de la misma. Salmanasar V, sucesor de Teglafalasar III, trató de reprimir aquellos conatos de independencia sujetando a Samaria. Fue Sargón, su sucesor, el que en 712 a.C., después de dos años de asedio, tomó a Samaria, llevó cautiva la mayor parte de la población y puso fin al reino de Israel (2 Re 17). Era una lección para el reino de Judá, que se mantuvo quieto, aun por el año 711 a.C., en que

Azoto, confiado en el apoyo de Egipto, se sublevó, siendo cercada, toma y duramente castigada por el mismo Sargón (Is 10,1).

Pero en los últimos años del siglo VIII, otra vez los pueblos quisieron probar fortuna. Senaquerib había sucedido a su padre. Egipto ofrecía su apoyo a los rebeldes, y Caldea, siempre en abierta lucha contra Nínive, entraba también en la coalición (Is 39). Parece que Ezequiel, hijo y sucesor de Ajaz, sentía simpatía por los sublevados, y si no se alzó en armas, alentó a los confederados y les prestó su ayuda. Por esto, cuando Senaquerib vino a sofocar aquellos conatos de libertad, entró por las ciudades de Judá, muchas de las cuales tomó y saqueó (Is 36-37).

Ezequiel hubo de comprar la paz al precio de treinta talentos de oro y trescientos de plata. Senaquerib se volvió a Nínive. Después (693 a.C.) volvió a traerle un nuevo conato de rebelión. A los egipcios, que vinieron en socorro de los confederados, los derrotó en Altacu (Eltequeh), en la tribu de Dan. Tras de dos legaciones a Ezequías para que entregara a Jerusalén, la asedió, pero no pudo tomarla. Una grave peste que se declaró en su ejército le obligó a retirarse a Nínive, sin que volviera a aparecer por Palestina en los años que aún reinó hasta ser asesinado por sus hijos (681 a.C.).

Sin embargo, los asirios, dueños de Damasco y de Samaria, continuaban ejerciendo su hegemonía sobre los pueblos de Canán. No sabemos que los sucesores de Senaquerib, Asaradón y Asurbanipal, que elevaron el imperio asirio al apogeo de su grandeza, tuvieran que intervenir con las armas. Los pueblos entendieron que les era mejor soportar el yugo asirio pagando tributo a los reyes de Nínive que exponerse a las guerras y deportaciones que aquellos usaban. Solo el libro de las Crónicas nos cuenta que Manasés, hijo y sucesor de Ezequías, había sido llevado cautivo a Babilonia, de donde volvió para ocupar otra vez el trono. Su delito no debía de ser muy grave, cuando fue dado por libre y continuó reinando (2 Par 33,11-13). Probablemente tuvo lugar esto alrededor del año 650 a.C., en que Asurbanipal luchaba contra su hermano Samasumuquín, gobernador de Babilonia, hasta tomar la ciudad y sujetar a Caldea, que había hecho causa común con el rebelde. Muerto este rey (625 a.C.), que llegó a apoderarse de Egipto, Asiria decayó rápidamente. Nínive fue tomada por los medos y caldeos en 612, y aunque su ejército continuó luchando por la conservación del imperio, este desapareció pocos años después, dejando en pos de sí la memoria de su espíritu guerrero, de su ferocidad y de su sistema de deportaciones, que los caldeos imitaron luego.

Una señal de cuán habituados estaban los pueblos de Palestina al yugo asirio pudiera ser la conducta de Josías. Como el faraón Neco se dirigiese con su ejército hacia Siria para lograr alguna parte de los despojos del reino ninivita, Josías quiso cortarle el paso. En una desgraciada batalla, que se dio en Megido, quedó gravemente herido y vino a Jerusalén a morir en 608 (2 Re 23,29 s.). Derrotado en Carquemis por el príncipe Nabucodonosor, no logró Neco sus propósitos; pero de vuelta a su tierra pasó por Jerusalén, y hallando el trono de Josías ocupado desde hacía tres meses por Joacaz, su hijo, destituyó a este y puso en su lugar a Joaquim, llevando a su hermano a Egipto. Después de la retirada del faraón, Judá pudo creerse independiente, hasta

que en 604 Nabucodonosor se presentó en Palestina e impuso su vasallaje a todos los reyes de la región. Pero entonces volvió a renovarse la antigua historia. Con la esperanza de la ayuda egipcia, los reyes de Siria y Canán se confederaron para sacudir el yugo caldeo. En 597 se presentó Nabucodonosor con su ejército, y la coalición se deshizo. Joaquín había ya muerto. Joaquín o Jeconías, su hijo y sucesor, no se atrevió a afrontar los peligros de la guerra, y cuando los caldeos se presentaron ante Jerusalén, les salió al encuentro en son de paz. Nabucodonosor le prendió para llevárselo a Babilonia, con una buena parte de lo más selecto del pueblo, y puso en el trono a un tercer hijo de Josías, Matatías, a quien mudó el nombre por el de Sedecías, exigiendo juramento de fidelidad (2 Re 24,1-20).

Pronto Nabucodonosor se dio cuenta de que no podía estar seguro de la lealtad de Judá y Sedecías hubo de ir a Babilonia para sincerarse. Al fin, en 589 acabó Sedecías por declararse en abierta rebeldía. Los caldeos llegaron y pusieron cerco a Jerusalén, tomándola al cabo de año y medio de asedio, en julio de 587. El templo fue incendiado; los muros y los palacios de Jerusalén, arrasados. A Sedecías le condenó a perder los ojos, después de haber contemplado la matanza de sus hijos y de sus cortesanos. Lo principal y más granado de la nación, en todos los órdenes, fue deportado a Caldea, quedando en Judá el pueblo humilde bajo el gobierno de Godolías (2 Re 25M 2 Par 36,17 ss y Jer 52).

No fue larga la duración del segundo imperio caldeo. A Nabucodonosor sucedieron como relámpagos tres reyes de su dinastía. El cuarto fue Nabonides, hijo de una sacerdotisa de Jarrán, cuyo principal empeño fue reformar la región caldea. Con esto se malquistó con los sacerdotes y el pueblo, que con gusto dieron acogida al ejército persa, mandado por Gubarú, caldeo. En 539 entró este en Babilonia, defendida por el príncipe Belsasar, que fue muerto. Pocos días después, Ciro hacía su entrada en la ciudad y era reconocido rey de Babilonia. Su primera medida fue ordenar la restitución de los dioses a sus antiguos santuarios, de donde la superstición de Nabonides los había sacado, y autorizar a todos los pueblos deportados para que volviesen a su tierra.

En estas medidas quedaron incluidos los judíos, a quienes restituyó los vasos sagrados, tomados del templo por Nabucodonosor, y dio permiso para volver a Judá y levantar el templo. No todos los deportados se revolvieron a emprender el viaje de vuelta. Y los que por entonces o más tarde lo hicieron, solo pudieron levantar el altar y echar los cimientos del templo, impedidos de proseguirlo por los pueblos circunvecinos, sobre todo por los samaritanos, cuya cooperación en la obra del santuario no había querido aceptar los judíos. Solo en los comienzos del reinado de Darío (521 a.C.), aprovechando las turbulencias originadas por el cambio de monarca y dinastía, pudieron acabar aquellos la obra. Pero la ciudad continuaba en ruinas, hasta que Nehemías pidió y obtuvo del rey Artajerjes I (465-424) autoridad de gobernador, con el fin de levantar los muros de Jerusalén. Los que volvieron del cautiverio vivieron en su tierra, gozando de la amplia libertad que los persas les otorgaban, sobre todo a causa de la afinidad que creían hallar entre su religión

y la judía. Caído el imperio persa a los golpes de maza de Alejandro Magno, Palestina pasó automáticamente bajo dominio de los macedonios. Tal es el cuadro externo en que se desarrolló la actividad de los profetas.

Ambiente religioso y moral de los profetas

El principio fundamental de la vida religiosa y moral era el monoteísmo: la adoración del único Dios de Israel, Yahweh, y la observancia de la Ley. Era la fidelidad al pacto hecho con Dios en el Sinaí, cuyas condiciones se contenían en la Ley. El primer precepto era el reconocimiento del solo Dios de Israel, excluidos todos los otros dioses. Luego venía el culto de ese Dios, conforme a las prescripciones de la Ley, entre las cuales ocupaba lugar importante la exclusión de toda imagen, que fácilmente inducía a la idolatría. En tercer lugar, estaban los otros preceptos de carácter moral y social, que regían las relaciones de los israelitas unos con otros. Hasta la vida política había de inspirarse en los mismos principios. Debía mirar a mantener la independencia de Israel, pero apoyándose en Yahweh y en sus promesas de protección contra los enemigos, y no buscando alianzas con las naciones, cuyo trato era un peligro para la vida religiosa del pueblo escogido.

En el reino de Samaria, Jeroboam, su fundador, para mantener a Israel separado de Jerusalén y de la dinastía davídica, había alzado unos becerros de oro en Dan y Bétel, imágenes de Dios, pero condenados por la Ley, y que fueron perpetuo escándalo para el pueblo. Este es el pecado que al autor del libro de los Reyes pone de relieve en el juicio que hace de cada uno de los reyes de Israel. En estos santuarios se introdujeron, fuera del sacerdocio ilegítimo, pues no era de la tribu de Leví, muchas corruptelas idolátricas. Además, desde el reinado de Acab, bajo la influencia de la reina Jezabel, fenicia, los cultos fenicios invadieron el reino, no obstante el esfuerzo de los profetas Elías, Eliseo y otros más. La idolatría era siempre fuente de inmoralidad en todos los aspectos de la vida, y de ello nos dan testimonio los discursos de los profetas.

Por este camino, Samaria fue de mal en peor, hasta que cayó sobre ella el castigo definitivo por medio de Sargón, que destruyó la ciudad, llevó cautiva la mayor parte de su pueblo y trajo de Orienta otros pobladores, que ocuparon el lugar de los deportados. De la mezcla de estos elementos con los que de Israel habían quedado en la tierra resultaron los samaritanos de la historia posterior, pueblo aborrecido por los judíos. En tiempos de Nehemías, un hijo del sumo sacerdote que no consintió en dejar a su mujer, samaritana, huyó a Samaria y levantó allí el templo de Garizim (2 Re 17,24 ss; I Esd 4,1-11; Neh 13,28 ss; Jn 4,9-11).

En cuanto a Judá, parece que en los reinados de Ozías y Joatán imperó el culto a Jahveh; pero era más bien un culto externo, sin el sentimiento íntimo de la piedad ni las obras de justicia exigidas por la Ley. De ello tenemos la prueba en el primer discurso de Isaías (Is 1,2 ss). Pero en el reinado siguiente, de Ajaz, se dejaron sentir las influencias asirias, y en pos de ellas las cananeas (2 Re 16,10-11). Todas fueron extirpadas por Ezequías, que desde el principio de su reinado se esforzó por borrar las idolatrías que se habían introducido,

especialmente en la época de su padre (2 Re 18,1-11; 2 Par 29-31). Procuró, además, atraer a los restos de Israel que los asirios habían dejado en Samaria. Borró hasta los santuarios de los altos, porque si bien dedicados a Yahweh y hasta entonces tolerados, eran contrarios a la Ley deuteronomica.

A la muerte del rey Ezequías toda su obra de reforma quedó anulada, y los males se agravaron en el reinado de su hijo Manasés y de su nieto Amón, ambos adoradores fervorosos de ídolos y practicantes de todas las abominaciones gentiles, sin excluir el sacrificio de los niños por el fuego (2 Re 21; 2 Par 33). El espíritu yahvista renace de nuevo con Josías (628), el cual, al conocer el Deuteronomio, hallado en sus días en el templo por Helcías, emprendió una reforma radical, según las prescripciones del mismo código. Pero estas reformas eran solo oficiales y externas, y por eso, en cuanto faltó Josías y se sentaron en el trono sus hijos y nietos, que no tenían su espíritu religioso, volvió a aparecer la idolatría en todas sus formas. De ello tenemos testimonios: los de Jeremías y Ezequiel. Con la idolatría cundió la inmoralidad tanto en los gobernantes como en los gobernados. Para fomentar todo esto estaban los falsos profetas, que pretendían hablar en nombre de los dioses o de Yahweh. Deseando acabar de una vez con todas estas lacras de su pueblo, Dios decidió el destierro de los de Israel a Asiria y de los de Judá a Caldea. Bajo la violencia del azote renació la fe en los que habían de formar el resto escogido, de que tanto hablan los profetas; los demás quedaron anegados en el mar de las naciones gentílicas.» [Nácar / Colunga, o. c., p. 797-800]

Por *nəḇî'îm* (profetas) se entiende la segunda gran sección de la Biblia hebrea. Figura entre la *Torá* (Ley, Instrucción o Pentateuco) y los *Ketuvim* (Escritos). Los *nəḇî'îm* comprenden dos subgrupos: los profetas Iniciales (*ראשונים נביאים* i *nəḇî'îm rishônim*, con la narrativa de los Libros de Josué, Jueces, Samuel y Reyes) y profetas últimos (*אחרונים נביאים* o *nevi'im aharonim*, con la narrativa de los Libros de Isaías, Jeremías, Ezequiel y los Doce Profetas Menores). Profetas son también los tres grandes gobernantes de Israel durante los tiempos de su unidad territorial como reino (monarquía unida), es decir, Saúl, David y Salomón (1030-926 a. C.).

No todos los Profetas de Israel figuran en la segunda gran sección de la Biblia hebrea. Dentro de ella, y según la tradición judía, se consideran también profetas a diferentes figuras bíblicas cuya narrativa figura ya sea en la primera sección de la Biblia hebrea (Moisés, Aarón, Miriam) o bien en la tercera sección de la misma (Job, Ester, Daniel, Esdras, Nehemías).

Por todo el antiguo Oriente Medio hay indicios y ejemplos de manifestaciones proféticas más o menos afines al profetismo israelita: los videntes y mensajeros no profesionales de los archivos de Mari, el relato del viaje de Wen Amón a Fenicia, la estela de Zakir, rey de Jamat. El adivino Balaán y los profetas de Baal se mueven asimismo en un contexto similar. Al lado de algunas coincidencias entre los videntes extrabíblicos y los profetas israelitas, se dan diferencias esenciales: La fe en un Dios único y personal, que dirige los designios históricos del pueblo, junto con la referencia a la alianza como

base de las relaciones especiales entre Dios y su pueblo, colocan al profetismo bíblico en una categoría aparte.

El profetismo clásico comienza con los profetas que han transmitido por escrito sus vaticinios. Estos profetas no empiezan hasta el siglo VIII a.C., en la época en que los asirios invaden Palestina, constituyendo un grave peligro no solo para la libertad de Israel, sino también para su vida religiosa y moral. A estos profetas se los conoce como clásicos o canónicos y se pueden agrupar en tres momentos:

Época asiria (750-612 a.C.)

Amós y Oseas; Isaías 1-39 y Miqueas; Nahúm

Época babilónica (612-539 a.C.)

Jeremías con Baruc; Habacuc y Sofonías; Ezequiel y Daniel

Época persa (539-333 a.C.)

Ageo y Zacarías; Malaquías

De época incierta quedan Abdías, Joel y Jonás.

Por la extensión de sus vaticinios, los judíos ya los dividieron en profetas mayores (Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel), aunque este en la Biblia hebrea figura entre los hagiógrafos, y los otros doce, que formaban un solo libro y se llamaban profetas menores porque sus escritos son menos extensos que los profetas mayores, pero no menos importantes: Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Hageo, Zacarías y Malaquías.
